

LOS IMPUNTUALES

LOS IMPUNTUALES

Francisco Magallanes

SINFONÍA
EMERGENTE
COLECCIÓN NARRATIVA


Club Hem
EDITORES

Magallanes, Francisco
Los impuntuales. - 1a ed. - La Plata : Club Hem Editores, 2013.
168 p. ; 20x14 cm. - (Sinfonia Emergente; 1)

ISBN 978-987-29912-4-1

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 27/11/2013



Este trabajo está registrado bajo la licencia Creative Commons. Por lo tanto, sos libre de compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente esta obra; inclusive podés hacer obras derivadas. Es necesario que cuando reproduzcas de manera parcial o total este trabajo, hagas referencia a los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciente; sin que esto suponga que contás con su apoyo o que compartimos el uso que hacés de la obra. El modelo de licencia prohíbe el uso comercial de la obra o sus derivados. A su vez, si modificás o transformás esta obra, sólo podés distribuirla bajo una licencia idéntica a ésta. Construye, comparte y difunde!

Para ver una copia de esta licencia, visita <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/>.

Primera edición noviembre 2013

La Plata - Argentina - Indoamérica

Este es un trabajo impulsado por Club Hem Editores

Colección Sinfonía Emergente

Fotografía de tapa: Pablo Coco Fernández.

<https://www.facebook.com/coco.bryce.fernandez> // [flickr.com/photos/cocob](https://www.flickr.com/photos/cocob)

Corrección y Edición: Celeste Diéguez

Diseño de tapa e interiores: Agustina Magallanes

agustinamagallanes@gmail.com

Coordinación y corrección de serie: Francisco Magallanes y Leonel Arance

franciscomagallanes@hotmail.com // leoarance@hotmail.com

Club Hem Editores

e-mail: clubhem@gmail.com

Facebook Club Hem Editores

Tel.: (221) 15-525-5443

Calle Diag. 78 #506 La Plata. Argentina

ÍNDICE

Prólogo por Daniel Krupa [9]

Los Impuntuales #1 [15]

El bautismo de los dioses [17]

Casa Piano baila, baila, baila [23]

Regalo de Reyes [29]

Los impuntuales #2 [51]

A ellas no [53]

Pochoclos [61]

Los impuntuales #3 [69]

Atravesó la pasarela del Brisamar [71]

Flotando a la deriva como un trozo de telgopor [83]

Los impuntuales #4 [91]

La hora muerta [93]

Primavera [101]

Los impuntuales #5 [109]

El mejor vacío de la ciudad [113]

Los impuntuales #6 [123]

No corras cuando te atrapen [125]

Los impuntuales #7 [145]

Te va a encantar acariciar el viento [147]

Agradecimientos [167]

PRÓLOGO

La literatura suele trabajar con sueños rotos, pasiones golpeadas, buenas intenciones que se desbandan. Bah, la literatura que a uno le interesa trabaja con esas variables, con aquello que no entra en un género específico; la literatura, digamos, que trabaja desde y con los bordes.

En el caso puntual de Magallanes, sus relatos se nutren a partir de una circunstancia social que la literatura contemporánea –después del grado cero de los noventa– recién ahora parecería empezar a mirar: a los que se quedaron afuera de la fiesta; los que aún no pisaron el primer escalón de la entrada al edificio del bienestar; los que no tienen chances de escribir sus desdichas. De algo de todo esto trata *Los impuntuales*.

Sea a través del circo de las carreras de TC; sea en una inocente caminata por un barrio brasilero que deviene en otra cosa; en los comienzos de una amistad que se trunca de manera drástica y definitiva o bien en un negocio familiar que se cocina mal y termina peor, estos relatos incomodan.

Magallanes trabaja con el margen y los marginados. De esas vidas que llegan tarde, que no encajan en ningún rompecabezas. Durante mucho tiempo eso se llamó “literatura comprometida”. Sin embargo, intuyo que va más allá de ese subgénero. Que su enojo —la prosa de Magallanes es la de un tipo violentamente honesto— también dice otras cosas: que estamos arrojados al vacío y que desde ahí hacemos lo que podemos.

Los personajes de cada uno de estos relatos se suceden —es una obviedad aclararlo— bajo el signo de la impuntualidad. ¿Cuál es el eje, el punto de referencia de esa “llegada tarde”? Queda en cada lector elaborar una conclusión, decantar una percepción o simplemente en aceptar el reflejo que estos textos, a modo de espejos, proponen. Magallanes, por suerte, da indicios. La escritura no tiene nada que ver con el ejercicio de una ciencia exacta.

DANIEL KRUPA

A Ferna... en este día y cada día

Tres jueves al año relucen más que el sol.

Refrán popular

Los Impuntuales #1

Sobre el golfo San José no corría una gota de viento. El cielo estaba despejado y la marea retirada a unos doscientos metros. Avanzamos con el auto por la arena y llevamos los kayaks de a uno por vez. Era una mañana espléndida para remar. Eso dijo Alexis Macomber que oficiaría mi bautismo de navegación.

Miguel Cantabria asintió concentrado y algo agitado por el traslado de su Kayak de doble comando. Remé la orilla a lo ancho unos quince minutos, mientras Alexis y Miguel elogiaban mi estilo y pronto aprendizaje. La confianza era fundamental en cuestiones de equilibrio, la técnica el resto.

Rodeamos los acantilados; yo sumergía la pala dos veces a la derecha y luego corregía con dos a la izquierda. Había una profundidad de veinte metros y era como estar volando. A escasos metros nadaba un lobo marino y el sol golpeaba de frente. Entonces sumergía la pala dos veces a la derecha, y luego corregía con la izquierda. El equilibrio se concentraba en la columna, y era imprescindible que no lo perdiera. Si caía al agua debía desembarazarme con astucia del Kayak, y no ahogarme en el intento.

Alexis Macomber y Miguel Cantabria viraron hacia las cuevas y me obligaron a remar hacia una pequeña playa a unos cien metros. Aseguré el Kayak y luego me tiré a descansar sobre la playa repleta de caracolillos. Ellos llegaron enseguida, entonces hicimos snorkel bajo las aguas cristalinas.

Era una mañana estupenda, ideal para encontrar un diente de tiburón y obsequiárselo a Fedra. Golpe de suerte encontrar un diente negro de megalodón de millones de años. Busqué durante más de una hora sin éxito. Alexis Macomber se agachó de repente y encontró uno blanco. Sonrió con su cara flaca y me lo regaló.

Un millar de dientes negros debe haber en esta playa, me dijo y se arrojó al agua de cabeza.

El bautismo de los dioses

A mis viejos

Cuando caía el atardecer en Villa Elisa, una vez que la euforia del carnaval se desvanecía, los niños de la manzana se juntaban a jugar a las escondidas por los extensos parques. Alternaban cada día para no agotar los escondites y que el juego no perdiera un céntimo de emoción. La casa de Matías, tejas rojizas y piedra Mar del Plata, ubicada en el centro de la manzana, era considerada uno de los circuitos más atractivos por sus numerosos escondites. El parque llenaba los ojos de un verdor fulguroso; a escasos metros la piscina con el agua cristalina hasta el borde, era la joya de los veranos; hacia el fondo, un amplio quincho cobijaba asados y cumpleaños,

y sobre uno de los laterales se extendía una carpeta de polvo de ladrillo. Los regadores jamás dejaban de girar y el césped bien cuidado brillaba en sutiles destellos. La variedad de árboles y plantas bien distribuidas aliviaban los peores calores. Hacia el centro custodiándolo todo, una palmera de tronco áspero y grueso oficiaba de *pica*, el centro de definiciones de las escondidas.

Baíto Gómez contaba en voz alta con los ojos velados por su antebrazo. Ayelén López se ocultó detrás de una de las paredes del quincho junto a Rosarito Orlando, Marito Merlo y Adriano Rossi. La clave de los escondrijos compartidos radicaba en detectar el momento oportuno para alcanzar la *pica* sin delatar al resto. Entre los malvones y las margaritas se disimuló Fausto Chini, y a escasos metros sobre el suelo, las gruesas raíces de un sauce centenario encubrían a Anita Simonte. El atardecer llenaba el parque de sombras y algunos aprovechaban sus virtudes; detrás de un poste de luz uno, disimulado al costado del cuarto de herramientas otro, atrás de la cisterna que alimentaba la piscina, dos.

Una leve ventisca atravesó el parque y se entreveró con el perfume de la hierba mojada; las luminarias se encendieron automáticamente y aclararon la visión, justo cuando Baíto Gómez gritaba a garganta plena: “el que no se escondió se embroma.”

Martín Cinquetti distinguió a lo lejos, sobre uno de los laterales de la cancha de tenis, un geranio espeso y florecido; aun se escuchaban las últimas corridas, cuando ganó un lugar entre el follaje. En cuclillas, observaba a través de las ramas los movimientos distantes de Baíto Gómez, cuando alguien irrumpió dentro del geranio y se arrodilló dándole la espalda. Apenas debajo de los hombros, se extendía una cabellera suave y sujeta por una hebilla a la altura del cuello; el perfume dulzón con un dejo de regaliz invadió su olfato y lo confundió; fue la piel dorada de sus brazos lo que delató que se trataba de Placer Delmar. Vivía a dos cuadras de su casa y jamás habían compartido más que unas palabras. Durante el último carnaval se había convertido en uno de los objetivos más codiciados por las bombitas de agua.

“Te odio.” Le gritó a Martín una tarde en que Baíto Gómez la corría con la intención de reventarle una bombucha. Tras eludirlo con astucia, dobló la esquina con su sonrisa desplegada y fue Martín Cinquetti quien la aguardaba del otro lado con una en cada mano. “Es toda tuya, Tincho” escuchó que gritaba Baíto Gómez, y entonces él hizo toda la mímica de que iba a lanzarle en medio del rostro, y cuando Placer Delmar se cubrió instintivamente dándole la espalda, le explotó las bombuchas en su redondo culo perfectamente delineado por unas calzas blancas.

Nunca se había animado a hablarle a una mujer que le gustaba, ni cuando iba al jardín de infantes con Belén Falcone, ni en la escuela primaria con Paula Avellaneda. Si no tomaba las riendas de la situación, ella podría delatar el escondite cuando intentara alcanzar la *pica* o cuando Baíto Gómez olfateara su perfume. La tomó suavemente por los hombros y susurrándole al oído le ordenó:

-Si no hacemos ni un ruido... Si corrés hasta la pica cuando yo te diga... No nos agarran ni en pedo.

Placer Delmar no emitió palabra alguna, y lo miró de reojo con sus ojos rasgados y negros como los granos de café. Ignoraba lo que su belleza generaba, simplemente sucedía. Martín Cinquetti comenzó a sentirse nervioso cuando ella acomodó el culo entre sus piernas. Un millar de hormigas comenzaron a ascender desde la planta de sus pies hacia su pubertad declarada. Sintió las piernas tensas, mientras ella esbozaba una sonrisa ingenua y mantenía la presión entre sus cuerpos. Sintió como se endurecía al roce de Placer Delmar, que se frotaba contra él en silencio y fue la primera vez que contactó tan estrechamente con una mujer. Cuando las hormigas ganaron sus brazos y comenzaba a marearse, abandonó el geranio de repente ante la pasmada mirada de Placer Delmar.

Sobre la hierba, Martín Cinquetti se largó a una carrera perdida contra Baíto Gómez, mejor ubicado respecto a

la palmera central. Estuvo a punto de conseguirlo en el último tramo pero no alcanzó. Un bienestar inédito lo invadió a pesar de todo, mientras los músculos de sus piernas se aflojaban y el alma afloraba como un arco iris en el cielo. Llenó sus pulmones de aire fresco y recuperó la postura paulatinamente. Bajo la noche estrellada sonrió, brillante en su short llevaba el bautismo de los dioses.

Casa Piano baila, baila, baila

A Pablo Amadeo González

— Señor estamos en vivo para Crónica ¿Nos puede decir cómo se siente?

Horacio González no lo había pensado todavía, pero lo cierto es que se sentía pleno. Sensacional, como hacía tiempo que no lo estaba, ni cuando Racing fue campeón por última vez, y salieron en el auto con Silvia y las chicas a festejar tocando bocina. Ni siquiera aquella tarde que fue a controlar la jugada de lotería y el agenciero le dijo que había ganado 7 mil pesos. Ni cuando volvió de *Fravega* y encendió por primera vez el *led* de 40 pulgadas. Era otro tipo de alegría la que lo invadía, una sensación de liviandad en los brazos, en los hombros, en las

piernas; una tranquilidad que no sentía ni los domingos mientras preparaba el asado y escuchaba el Turismo Carretera por la radio, ni mucho menos en la siesta posterior, algo adobado por una copa de vino. No. Era una sensación íntima que conocía, por supuesto, pero hacía tanto tiempo que no se evidenciaba en su cuerpo, que ni se acordaba como carajo se llamaba.

Entonces mientras pensaba qué contestar, volvió a levantarse una ráfaga de viento y cuando el tronco del árbol crujió, el camarógrafo perdía la perfección del plano, el periodista repetía como un pelotudo, los vecinos gritaban ¡cuidado! y los paramédicos detenían su paso, Horacio González sintió que le susurraban al oído: abrazo.

Levantó la mirada confundida hacia las hojas verdes del plátano y más allá del resplandor ennegrecido de la cámara pudo ver como el árbol abría al mismo tiempo tres ojos alineados en triángulo y luego le guiñaba el izquierdo. –¡Mírenlo! –gritó y casi se traga el micrófono, y todos, absolutamente todos siguieron la indicación de sus ojos, pero no vieron más que un árbol desmembrado sobre su humanidad.

Comprendió al mismo tiempo, que si creía que el árbol se comunicaría con todos por igual, firmaría su certificado de demencia ante los que curioseaban alrededor suyo. El árbol desde un principio lo había buscado a él, tenía algo

para decirle y Horacio González estaba dispuesto a permanecer inmóvil hasta descifrar ese mensaje. Sabía que no le quedaba demasiado tiempo, los médicos a escasos metros desplegaban una camilla que llevaba su nombre. —Estamos en vivo, cuénteles a la gente cómo se siente...

Se concentró en todo lo que había sucedido desde el primer momento en que sintió el crujido detrás de su espalda y ahí nomás recordó la rama flotando sobre su cabeza y se preguntó: ¿Por qué carajo no se había corrido; por qué mierda había arriesgado su vida perfecta, donde todo marchaba sobre rieles? Un trabajo seguro, una pronta y bien merecida jubilación, unas hijas bastante normales, uno de los pocos matrimonios que aún no se habían separado.

Volvió a sentir la rama sobre su cuerpo y nuevamente esa extraña sensación de abrazo que lo paralizaba. Ahora caía en la cuenta que la rama no descendía sobre su cabeza canosa para aplastarlo como una cucaracha, todo lo contrario, bajaba para acariciarlo y estrecharlo en un abrazo que todavía perduraba y que lo hacía sentir diferente, como no se sentía desde que su madre lo abrazó por última vez antes del accidente.

Apretándolo contra su pecho le había dicho que ya no podía pagar ese colegio, que el papi se había quedado sin trabajo y venían tiempos difíciles, de vacas flacas. Se iba

a quedar sin viaje de egresados a Carlos Paz. Volvió a abrazarlo para contenerlo y él sintió tranquilidad, livianidad en todo su cuerpo aunque lloraba sin consuelo.

Entonces recordó a Julián, su mejor amigo de la primaria, enfrentándose a casi toda el aula para conseguirle el liberado que regalaba la empresa de viajes. Ensayó una de las canciones que los coordinadores incentivaban a cantar pero solo recordó: “Con Casa Piano baila, baila, baila”.

Horacio González comenzó a creer que era el árbol quien lo guiaba por sus recuerdos más soterrados, un viaje por el subconsciente donde algo muy importante debía descifrar para continuar con su vida.

Se recordó cantando en un boliche oscuro, con los coordinadores al frente anunciando los pasos de la coreografía, y ahí estaba él, con doce años, alto y desgarbado, con esos granos en la cara que tantas cargadas le habían generado. Bailaba junto a sus compañeros que conocía desde el jardín de infantes y con los cuales ya no volvería a compartir los días. No lograba divisar sus rostros, salvo el de Julián a quien abrazó en la oscuridad cuando pusieron la canción emotiva donde había que llorar y prometerse amistad eterna.

En un momento no aguantó más y le dijo al oído, “me cambian de escuela a fin de año” y Julián lo miró asombrado, compungido, sin entender por qué carajo pasaban

esas cosas y lloraron abrazados. Y esa fue la última vez que había llorado envuelto en un abrazo semejante al de su madre. Cuarenta años habían pasado hasta volver a sentir algo semejante, gracias a un plátano de tres ojos que casi lo pasa a la otra dimensión.

Pero él se había quedado petrificado, mientras la rama arrancada por el viento lo abrazaba y lo envolvía en una especie de paz interior, que lo llevaba a vivir en tiempo real esa noche de Córdoba. En ese boliche oscuro, junto a sus compañeros de primaria, abrazado a su mejor amigo y llorando el fin de sus días juntos: jugando a la pelota, compartiendo alfajores en los recreos, bancando las prepotencias de los más grandes. Pensaba en eso Coco, como lo llamaban a Horacio González en la primaria, mientras lloraba abrazado a Julián que de repente lo giró detrás de una columna de la pista y lo besó en la boca. Y Coco que no entendía nada en un principio pero se dejaba, porque nadie los podía ver y lo sentía rico, raro, único y era la primera vez que besaba.

Entonces lo zamarrearón. Escuchaba voces confusas de fondo cuando volvió a enfocar sus pupilas y vio nuevamente el árbol ahí atrás que le guiñaba el ojo izquierdo. Mientras le ponían delante la cámara con la luz que encandilaba y el periodista insistía con preguntas, dos médicos que lo escoltaban le advirtieron: “señor por favor nos

va a tener que acompañar”. Horacio González levantó su brazo izquierdo y pidió “silencio por favor, antes quiero decir algo”. Todos expectantes obedecieron, mientras los curiosos se amontonaban en gran número a su alrededor; un taxista, un joven encapotado y unas vecinas; los que pasaban por la calle, los que vivían cerca y habían identificado la cuadra por televisión. Mientras la lluvia parecía que aflojaba pero continuaba, el árbol crujía con el viento y parecía que no iba a resistir mucho, que por fin terminaría por aplastar a ese hombre que mantenía preocupados a todos como si se tratara de un suicida balanceándose en el filo de la cornisa. Horacio González miró a la cámara de Crónica TV y con una sonrisa que no conocían ni sus hijas dijo al micrófono:

—¡Nunca me sentí mejor!

Regalo de Reyes

A mis hermanas

El viento gris

No había un metro cuadrado en aquel cerro que no estuviera cubierto por la nieve. Los pinos más jóvenes habían quedado sepultados desde la semana anterior y los más longevos asomaban sus puntas como helechos de poca monta. El cielo estaba cubierto, sucio y desgarrado. Negro, blanco y el viento gris. Gris y con ráfagas capaces de alzar un mamut en el aire.

A los tumbos avanzaba Thal el último de su tribu, resultaba imposible divisar la cima pero intuía que se encontraba a menos de un día de caminata. El resto del clan había corrido la misma suerte que los pinos más jóvenes. Él se había salvado del alud por milagro. Llevaba

tanto tiempo nevando que hasta el aire estaba malo. Ya no sentía ni siquiera el gruñido grave de su estómago. No quedaban animales, ni verduras y a él tampoco le restaba demasiado. Ese pensamiento lo tranquilizaba y le daba fuerzas para continuar la marcha, ya que si la muerte le era esquiva, él terminaría por hallarla.

Al menos que aquella mancha oscura que observaba en el horizonte fuera la salvación. Entonces encontraría una explicación a este absurdo de los dioses. Se metió un puñado de nieve en la boca y dejó que se volviera agua. Ya no sentía los labios, la lengua, la garganta. Redobló el esfuerzo mientras la mancha en el horizonte ganaba nitidez.

El anhelo de que fuera un valle próspero de frutales, con un arroyo donde pescar debajo de la sombra de un ciprés, fue descartado cuando distinguió el peligro. Era un monstruo que Thal jamás había visto; una especie de mamut con cabeza de cucaracha y colmillos de fuego. Erguido en sus dos patas bramaba alaridos bestiales y lanzaba llamaradas que derretían la nieve que lo rodeaba. Era su única posibilidad. Se regocijó imaginando el calor y la saciedad de su carne. Pensó cómo matarlo.

La piel de oso le protegía la espalda donde guardaba su lanza. Tenía los dedos entumecidos y utilizó las muñecas como pinzas para hacerse con ella. Con esfuerzo logró presionarla bajo su axila y supo que contaba con

un solo intento de darle muerte. Mientras recuperaba el aliento y concentraba la fuerza que le restaba, pensó que lo mejor sería correr directamente hacia la bestia y apuntar entre los ojos. Matar o morir.

Tomó distancia para lograr una buena carrera y encaró a toda velocidad mientras sus pies se hundían en la nieve, con la lanza en alto y mientras fijaba su mirada en la espantosa cabeza del monstruo intentando calcular la distancia, comprendió que se trataba de una nueva conjura de los dioses, y no le importó, siguió corriendo por orgullo, su único tesoro ante la muerte. Antes de llegar a la pendiente arrojó la lanza y al borde del desmayo tropezó con algo oculto bajo la nieve. Rodó desarmado un largo trecho hasta que una piedra monumental lo detuvo. No sintió dolor, ni miedo. Allí permaneció mientras todo se volvía blanco: el aire que respiraba, su cuerpo cubierto de nieve y el cielo negro que dejaba de serlo.

Un secreto piola

Eran las cinco de la tarde del día de reyes de 1959. Los rusos lanzaban el primer cohete a la luna, mientras los yanquis pronosticaban con soberbia que la velocidad del

lanzamiento alteraría el destino; el gobierno de Frondizi predicaba que con la voluntad de cada uno el país saldría moral y materialmente robustecido en muy poco tiempo; y José María Clavel, conocido en el barrio como Totó, aún no había terminado su *Vascolet*. Empuñaba la taza con la mano derecha mientras con el índice seguía las líneas de una noticia. Ensimismado, imaginaba la muerte de aquel hombre congelado hacía más de 35 mil años.

El timbre lo despabiló y tuvo que refregarse los ojos hasta esfumar la nube blanca que lo cegaba. Supo por el reloj de la pared que al otro lado de la puerta esperaba Ramiro Cachi Esseian. De un solo trago terminó la merienda y fue corriendo a abrir la puerta.

—¡Guau, es hermosa! —dijo Cachi Esseian y se abalanzó sobre Totó Clavel para gozar a través de sus dedos la textura de la camiseta.

—Regalo de reyes —respondió Totó y la sonrisa casi le descuaja la cara.

—¡Y los pantaloncitos también!

—Y las medias, los zapatos y una número cinco —lo interrumpió Totó exhibiendo cada prenda.

—Un equipo completo sale un fangote —exclamó con los ojos bien abiertos Cachi —¡Se jugaron tus Reyes!

Caminaron hacia el bosque por diagonal 113. La humedad brotaba en cualquier objeto, en la piel, en el aire,

en el cuero del fútbol que Totó Clavel picaba con precisión de metrónomo. Cachi Esseian iba con las manos en los bolsillos, silbando bajito y mirando de reojo la franja azul que atravesaba el blanco sobre el pecho de su amigo.

—¿Te trajeron la bici? —preguntó Totó cuando ya no se aguantaba más.

—No... ¿Y el Colo no salía?

—Dijo que nos encontrábamos allá. ¿Y qué te trajeron?

—Insistió y le clavó la mirada.

—Una gilada...—respondió observando el suelo —¿Allá donde?

—Sobre 7, llegando a la Rocha... Hoy está el desfile, va a estar lleno.

—Primero unos penales... —dijo Cachi y señaló los arcos a lo lejos.

Un 214 en cuarta estuvo a escasos metros de cargarse la precoz vida de Cachi cuando cruzó la avenida 60. Una vez sobre el adoquinado desparejo de la 116, la ciudad se suspendía y los sonidos, eran propiedad exclusiva de los pájaros en las alturas del bosque. Frente a la tribuna *Centenario* del estadio de Gimnasia y Esgrima La Plata había un potrero con arcos de madera. Tenían las bases pintadas con los colores *triperos* y allí Cachi esperaba agazapado a que Totó intentara su mejor tiro. Este acomodó la pelota sobre un montículo de tierra, mientras

bajo los tres palos Cachi escupía sus manos y las frotaba como amasando plastilina.

–Minoian lleva cinco partidos sin que le conviertan –exclamó excitado Cachi intentando su mejor voz de relator.

–Y Bayo es el máximo goleador de Gimnasia –replicó Totó besándose la camiseta –y terminará con la racha del armenio.

–¿Qué apostamos?

–Plata no tengo –dijo Totó.

–Algo mejor...Un secreto...

–¿Un secreto piola?

–El más piola que tengas guardado.

–Anda pensando en que me vas a contar –sonrió Totó y acomodó el balón.

–Pensalo vos... Porque estas manos –dijo exhibiéndolas –van a atajar el tiro.

El calor lo hacía todo más sustancioso y Totó Clavel comenzó a imaginar el aliento desde las tribunas. La victoria descansaba en sus pies. Tomó distancia y observó que el arquero se inclinaba levemente hacia su izquierda. Cachi conocía su lógica de distracción: engañar con la inclinación del cuerpo y cruzarla como siempre. Esta vez eligió el ángulo derecho en su cabeza. Inició la carrera con la vista al frente; los tres palos encuadrados en el entrecejo fruncido, mientras Cachi Esseian se balanceaba delicadamente hacia ambos flancos.

Inclinó la mirada en dirección al balón, afirmó su pie izquierdo al costado de la pelota y cuando su derecha recorría la parábola del impacto, se enganchó en una raíz de eucaliptos disimulada en el suelo y rodó por la tierra hasta quedar desparramado. Recordó el hombre de la noticia rodando por la nieve. Permaneció aturdido por la luminosidad del cielo y no observó la trayectoria del balón. No hizo falta, los alaridos bestiales de Cachi daban cuenta de que el armenio continuaba con la valla invicta.

Los huérfanos del Almafuerte

El escenario estaba ubicado en el centro de la plaza, detrás del monumento a la Generación del '80. La orquesta típica "Ídolos del Tango" descansaba en el bandleón, mientras Oscar Alonso inclinaba el micrófono hacia abajo y desplegaba toda su garganta. Enfrente, macizas cincuentonas evaporaban fragmentos de su alma, y los hombres, a su lado, renegaban con las guirnaldas de crepé que colgaban de las primeras ramas de los tilos. Julio Cesar Vizziano intentó de un salto quedarse con una guirnalda azul y apenas la rozó con el índice. Tomó carrera para mejorar el salto y se impulsó en su pierna

izquierda observando el triángulo de papel azul flotar sobre su cabeza. Un hombre de sombrero de fieltro y bigote tupido lo tomó del brazo y casi lo descalabra en el aire.

–¡Mocoso váyase a joder a otro lado!

La voz de Oscar Alonso colmaba todos los sectores de la Rocha. Por sus senderos embaldosados las parejas paseaban tomadas del brazo, mientras los críos revoltosos jugaban como perros. Julio Cesar se dirigió hacia Bellas Artes buscando a sus amigos; desde la vereda de enfrente, cruzaban piedras que se perdían en las copas de los árboles.

–Ahí está el Colo –dijo Cachi, en el momento exacto en que se disponía a darle vuelo a una piedra del tamaño de una albóndiga.

–Asustalo –desafió Totó.

–Asustalo vos, si sos tan guapo –redobló Cachi.

–¿Qué no? –dijo Totó Clavel y lanzó la piedra hacia arriba, para que en la parábola bajara con más velocidad.

Siguió la trayectoria del proyectil desde que salió de su mano, alcanzó la altura máxima y luego inició el descenso en caída libre. Vio la cabeza anaranjada de Vizziano y temió rompérsela mientras la piedra bajaba. Terminó impactando en el techo de un colectivo, que se detuvo más adelante por el estruendo.

El colorado Vizziano cruzó la calle esquivando coches y se reunió con sus amigos frente a la entrada de Bellas

Artes. Tenía una camisa blanca y unas bermudas grises; los soquetes le tapaban la mitad de su huesuda pantorrilla y los zapatos de cuero negro estaban embarrados.

—¿Te trajeron la bici, gil? —le preguntó el Colo a Cachi antes de estrecharle la mano.

—Los reyes no existen, gil —respondió Cachi, mientras soltaba la mano de Vizziano.

—Por fin te enteraste, gil; ya no aguantaba más el secreto —dijo el colorado Vizziano y le guiñó un ojo a Totó mientras lo saludaba.

—A mí no me quiso contar —acotó José María y le devolvió el guiño al colorado.

—Callate vos, que me debés una apuesta —replicó Cachi y volvió sonreír.

—A vos te la debo, al Colo no.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Si él escucha, entonces quiero escuchar el tuyo.

—¡Tramposo de mierda!

—¡Es justo! —exclamó el Colo Vizziano —vayamos a la plaza atrás de Bellas Artes.

Una araña del tamaño de una ciruela acechaba al pie de la telaraña tejida entre una rama y el tronco rugoso. Un jacarandá ostentaba la copa de flores celestes, que a la distancia y con la luz del sol, se asemejaba a una formidable pompa turquesa. A la sombra, sobre el

cordón de piedra, tomaron asiento; Totó Clavel en el medio, flanqueado por Cachi Esseian a su derecha, y el Colo Vizziano a su izquierda.

Este introdujo la mano en el bolsillo de la bermuda y sacando un atado de *Chesterfield*, colocó un cigarrillo entre sus labios y lo encendió con una cerilla que resplandeció en las pupilas de sus amigos.

–Fumo –dijo el Colo con los ojos entrecerrados y le dio una bocanada –Ese es mi secreto ¿Quién sigue?

–¡Pero tenés once años, no podés fumar! –lo regañó Cachi con el entrecejo fruncido.

–Empecé a los diez –dijo y volvió a calar el cigarrillo, como si hubiera fumado desde siempre.

–Yo quiero uno –dijo Totó y extendió su mano. Clavel tomó uno y luego lo miró a los ojos a Cachi y le enseñó el paquete.

–Sólo para probar...

La primera pitada les ocasionó una tos que los hizo llorar, mientras Vizziano se reía de ellos. Luego se apiadó y les enseñó cómo hacerlo. Entonces empezaron a sentir un mareo extraño, como si despegaran de sus cuerpos. Comenzaron a reír a carcajadas, mientras calaban una vez más sus cigarrillos, como si fueran hombres acodados a la barra de un bar.

–¿Vieron el diario? ¿Ese tipo de 35 mil años que encontraron congelado?

–Algo escuché en la radio –dijo Vizziano.

–Cuando leía la noticia –continuó Totó –tuve como un recuerdo...

–¿De qué carajo estás hablando? –preguntó Vizziano.

–Que creo que en otra vida yo fui ese hombre prehistórico –hizo una pausa ante la mirada atónita y confundida de sus amigos –Hoy me acorde hasta cómo morí. Ese es mi máximo secreto.

Totó terminó de pronunciar la última palabra y los tres permanecieron en silencio. Entonces Vizziano estalló en una carcajada y como si estuvieran exorcizándolo, se revolcaba en el suelo tomándose la panza; Cachi Esseian comenzó a reír descontrolado y Totó se contagió en la euforia.

Todos rieron con una felicidad absoluta pero fue Cachi el primero que la abandonó. Miraba al otro lado de la calle, con los ojos desbordados, intentando no llorar delante de sus amigos. Cuando dejaron las carcajadas cansados de retorcerse el estómago, Cachi contó su secreto: –¡No me trajeron un carajo! ¿Regalo de Reyes? ¡Nada! Nunca desde que los conozco me hicieron un regalo –gritó ante la mirada atónita de sus amigos y aplastó el cigarrillo contra el empedrado de la diagonal.

Si alguno de los centenares de padres que presionaban con sus hijos a caballito, hubiera obedecido las órdenes del cabo Tentabutti, la avalancha familiar no hubiera sucedido. Sin embargo la indiferencia fue tal, que apenas el cabo Tentabutti se soltó de la mano del cabo Ramírez para rascarse la nariz que tanto le picaba, el cerco humano que resistía la presión cedió y antes que la gente lo tapara todo, vio los ojos indignados de su compañero que se derrumbaba de cara al suelo.

Los padres ilesos avanzaban, intentando no pisar a los caídos, en el afán por ver de cerca el aterrizaje del helicóptero de los Reyes Magos. A fuerza de gritos y empujones el cuerpo de policía retomó la formación y la presión volvió sobre sus espaldas.

Lejos en el cielo se escuchó como un trueno. La multitud sorprendida miró hacia arriba y no encontró más que incertidumbre. Entonces, el estruendo se materializó en el helicóptero y la gente estalló eufórica. Algunos de los niños más pequeños, asustados ante la monstruosidad voladora, soltaban sus globos y lloraban; los padres, entre pasos y empujones, acortaban la distancia que los separaba de la pista de aterrizaje; los policías duplicaban sus esfuerzos para mantener el cerco humano que delimitaba la pista. El improvisado helipuerto tenía el diámetro de un tanque australiano. Desde las alturas, la

avenida 7 parecía sembrada de cabezas. El helicóptero comenzó a bajar balanceándose en el aire, como una pluma de ganso se desliza en la correntada hasta caer en el agua rancia de un estanque.

En primera fila se encontraban los internados del instituto Almafuerte. Erguidos con sus espaldas disciplinadas, vestidos con guardapolvos grises y bermudas negras; custodiados por una decena de celadores de rostros nerviosos. Eran alrededor de cincuenta niños que alternaban entre los cuatro y los dieciséis años.

Doce tenía Hernán y desde que aprendió a caminar estaba en el Almafuerte. Su madre lo había parido entre carpetas de secundario, un desliz que el padre no le perdonó jamás. Desde niña su piel se había curtido con cada cintazo que recibió, pero aquella tarde en que le confesó el embarazo, su padre descargó en la pertinaz hebilla todo su veneno. Esa misma noche escapó con la espalda en carne viva. Un año deambuló con Hernán por distintos conventillos, hasta que el juez de menores, Rafael Amante, le quitó la tenencia y se la otorgó a su tía abuela. Durante el proceso judicial Hernán se enfermó de polio y el juez apuró la sentencia. Lo llevaron a la vieja casona del barrio “La Cumbre”, con sus tíos. De aquellos días Hernán recordaba la cama donde pasaba los días, el aroma del pan casero mientras caía la tarde y

la tristeza de los ojos de su tía cuando el tío sufrió el infarto. Al año siguiente ella también murió de cansancio y el juez Amante lo derivó al Almafuerte.

–¡Este año las pelotas son nuestras! –susurró Héctor al oído de Hernán.

Eran mejores amigos desde aquella pelea en el patio del Almafuerte contra el Gordo Tomás. Los movimientos de piernas y cintura, los oportunos cortos en la barriga y las patadas en el suelo fueron memorables. También los ojos del Gordo, arrebatados de lágrimas, mientras intentaba inútil cubrir con sus brazos la totalidad de su cuerpo. Chillaba como un cerdo frente a la vista de todos, implorando por su madre, como si ésta fuera a escucharlo. Cuando se cansaron de narrar una y mil veces aquella pelea se habían vuelto inseparables.

–Tenemos que estar atentos –le respondió Hernán.

–Sí, los más grandes se quedaron con todas las pelotas la otra vez.

–Hay que ir directo al negro, él las tenía el año pasado.

Asistidos por la Bonaerense, los Reyes descendieron mientras todavía giraban las hélices. El de túnica verde tenía el rostro tiznado por el hollín de un corcho; el más alto lucía una tupida barba natural; el restante, llevaba una copiosa peluca cenicienta. Los tres tenían coronas recubiertas en crepe y capas metalizadas que reflejaban los últimos intentos del sol por no volver a caer.

El sol destellaba timorato sobre los bancos de madera de plaza San Martín. La avenida 7 estaba colmada de niños que sostenían globos de colores. Entre toques de balón avanzaba el Colo Vizziano, lateral zurdo de pie firme; Cachi Esseian, enganche clásico de buen temple; Totó Clavel, un batallador centrocampista derecho.

—¿Los odiás a tus viejos? —preguntó Totó Clavel y lanzó un pase en cortada a Cachi.

—No ¿Por qué? —respondió Cachi mientras dominaba el balón con su destreza innata.

—¡Porque nunca te regalaron un carajo! —lo interrumpió Vizziano.

—Para mi cumpleaños me regalaron una camisa —dijo y pasó el balón con tal efecto que llegó limpio a la zurda de Vizziano.

—¡Pero eso es ropa! —gritó Totó Clavel.

—A vos también te regalaron ropa —replicó Cachi Esseian.

—Es la camiseta de Gimnasia, gil... Es mucho más que ropa —respondió molesto.

—¿Entonces no merecías un regalo de reyes? —preguntó Vizziano y pasó el balón a Cachi.

—¡Qué no! Me fue re bien en la escuela —contestó Cachi y tragó saliva.

—Entonces vamos a buscarlo.

—¿Adonde? —preguntó Totó Clavel.

—Ahí mismo —dijo el Colo Vizziano y señaló el helicóptero que descendía entre medio de la multitud.

La gorra del cabo Tentabutti estaba a punto de volver a volar de su cabeza y, para no estallar de bronca, cerraba los ojos, respiraba profundo y pensaba en la próxima excursión de caza. A su lado, el cabo Ramirez le apretaba la mano para que no volviera a soltarse. Sobre sus espaldas, hombres, mujeres y niños desaforados estiraban sus brazos al cielo, implorando un regalo. Los Reyes Magos no sólo transpiraban por la humedad espesa: a escasos metros la multitud rugía. Los celadores habían formado a los niños del Almafuerte en tres filas por edad. Se acercaba uno por cada fila, saludaban a los reyes y se llevaban sus regalos.

En la izquierda, Baltazar entregaba pelotas a los más grandes; hacia la derecha, Gaspar repartía muñecos y muñecas; en la del centro, Melchor sacaba de su bolsa juegos de mesa. Justamente en esa hilera, esperaba Hernán detrás de Héctor, mientras planeaban la manera de

hacerse con una pelota a pesar de las dificultades. Las estrategias planeadas resultaron inútiles cuando el cerco policial cedió y el caos se apoderó de la situación.

Se desprendieron de la fila y corrieron hacia la bolsa que Baltazar había dejado en el suelo para cubrirse el rostro de los manotazos. Ya no quedaba nada en la bolsa de tela, los más grandes se habían quedado con las pelotas. Se miraron llenos de bronca y cuando levantaron la mirada, el cuero de un fútbol brillaba en las manos del Gordo Tomás, quien observaba temeroso el tumulto. Héctor le tiró un manotazo en la nuca, y el otro soltó la pelota con un alarido. Uno de los celadores los separó, mientras Hernán desaparecía entre la gente, con la pelota en sus manos.

El Colo Vizziano avanzaba con destreza entre la gente eufórica que anhelaba un regalo de Reyes. Totó Clavel lo seguía de cerca, iban casi unidos por la cintura, con los ojos desbordados, rompiendo en carcajadas ante cada escollo superado, como si fuera un laberinto humano. Cachi Esseian se había retrasado, no le gustaba estar atrapado en la marea de gente y ya no le importaba tener un regalo.

Sin embargo no los abandonaba e intentaba disuadirlos:

–Volvamos chicos, ya los repartieron.

–Sin regalo no volvemos –exclamó el Colo Vizziano.

–Dale no seas maricón –replicó Totó Clavel.

–Pero es al pedo, ya se los dieron a los huérfanos.

–Entonces se los sacamos a esos huérfanos de mierda.

Fue lo último que Cachi Esseian escuchó antes de perderlos de vista. Intentó avanzar pero fue en vano, se había formado una especie de trinchera entrelazada de adultos. Entonces pensó que lo mejor sería volver al barrio, a la placita del mondongo y tal vez si sonaba convincente, podría evitar el mote de marica. Pero volver tampoco era tan fácil como imaginaba. A sus espaldas, los padres presionaban con sus niños aferrados a los cuellos y no había manera de zafarse. Estaba aturdido, sin fuerzas para continuar aguantando la multitud sobre su cuerpo, sentía el deseo de arrojarse al suelo y llorar desconsolado como en el regazo de su madre. Entonces escuchó a lo lejos una voz que lo trajo. Era el Colo Vizziano que traía envuelto bajo su brazo la cabeza de un niño de guardapolvos gris, custodiado por Totó Clavel que lo amedrentaba con disimulados golpes en el estómago.

–¡Dale Cachi, cubrí el frente que es nuestro! –le ordenó Vizziano y le mostró una pelota de cuero que traía bajo su otro brazo. –¡Metele que tenemos tu regalo, gil de cuarta!

Las palomas picoteaban restos de comida al pie del monumento. Una ráfaga cálida transitaba los senderos y barría el polvo de las baldosas. El sol comenzaba a ocultarse detrás de los edificios y las primeras chicharras vibraban entre los tilos de la plaza. Detrás del tobogán, el subibaja y las hamacas, bajo el techo abovedado de la glorieta, se encontraba Hernán acurrucado en el suelo, rodeado por El Colo Vizziano, que calentaba sus nudillos; Totó Clavel que escupía a un costado y Cachi Esseian frío y pálido como la nieve.

Hernán lloraba en silencio con la cabeza entre sus manos, rezando el padre nuestro internamente, para que se fueran, para que Dios se los llevara. El Colo Vizziano encendió un cigarrillo y ofreció el paquete.

—¿Sabés por qué estamos calientes? —preguntó mientras todavía el humo escapaba de su boca.

—¡Ya les di la pelota, déjenme de joder! —reclamó enfurecido Hernán desde el suelo.

—¡Te hizo una pregunta, marica! —Exclamó Totó y le pegó una patada. Luego encendió un cigarrillo y le ofreció el paquete a Cachi.

—Ya está chicos, vayámonos con la pelota, nos vamos a meter en problemas —dijo Cachi después de rechazar los cigarrillos.

–Yo no les hice nada, escuchen a su amigo.

–¡No hiciste nada hijo de puta! Vos y tus amigos se quedaron con los mejores regalos. Por ser huérfanos. Me importa una mierda, me cago en los huérfanos como vos –le dijo y le dio un palmazo en la cabeza.

–No me hagan nada, les doy todo...

–Si no tenés nada, sos un huérfano de mierda –le replicó Totó Clavel

–Quedate con la pelota, no me peguen más, por favor.

–Callate maricón, me tenés podrido –exclamó Totó Clavel mientras fumaba el cigarrillo.

–Te vas a llevar una lección para que se enteren todos –le dijo el Colo Vizziano y le pegó una patada.

Lo golpearon con saña, mientras Cachi miraba con el estómago revuelto. A lo lejos se escuchaban los aplausos de la multitud; en la plaza, las luces se encendían anticipándose a las sombras. Hernán desparramado en el suelo sangraba por la nariz y lloraba de bronca.

–Agua ¡Por favor!

–¿Agua? –preguntó Totó mirando de reojo la canilla que salía de un charco fangoso.

–No le des nada –ordenó Vizziano.

Totó Clavel con los ojos inflamados lo tomó de la solapa manchada de sangre y le dirigió la cabeza hacia la canilla oxidada.

–¡Quiero que chupes de ese pico!

–¡Hijo de puta! ¡Esa está rota! –le gritó Hernán.

–¡No me importa, chupá el caño como si fuera azúcar o te matamos a palos! –lo amenazó y le sacudió la cabeza de un manotazo.

Su lengua rosada y reseca se deslizó lentamente sobre la rugosidad oxidada del caño. Hernán cerró los ojos apretando fuertemente sus párpados y sintió que el tiempo se fraccionaba en milésimas; cada centímetro en pulgadas que lo volvían aún más miserable, como metamorfoseando en una babosa. Así se sintió Hernán. La boca se le llenó de un sabor metálico y fétido, como si estuviera lamiendo las letrinas del Almafuerte.

Cachi miró a su izquierda y vio unos cuantos chicos que corrían en dirección a la Glorieta, pero estaba paralizado, en estado de shock, y las palabras no salieron de su boca para advertirles. Primero se escuchó un grito, que segundos más tarde se convirtió en alaridos al unísono. Cachi Esseian se desplomó en el suelo por una patada voladora que no pudo evitar. Totó Clavel abandonó a Hernán y se incorporó en posición de pelea. A escasos metros, preparado con los puños a la altura del mentón y los ojos llenos de furia lo enfrentaba Héctor, un niño de su edad, de similar contextura y miradas parecidas. Totó le lanzó una trompada directa a la nariz, que Héctor esquivó concentrado

y ahí mismo le encajó un gancho en el estómago. Cuando Totó cayó al suelo acurrucado de dolor, se encargó de patearlo con bronca. Luego Hernán se incorporó ensangrentado y enceguecido por la furia continuó con las patadas.

Entonces Héctor se encargó del Colo Vizziano casi sobre el filo de la escalera. Totó Clavel intentó levantarse pero fue en vano, no podía coordinar movimiento alguno. Los zapatos de Hernán se hincaban con constancia en su estómago. Se dejó caer y se lamentó al ver la camiseta nueva, sucia y desgarrada. Del estómago le nació un destello helado que lo recorrió entero. Agotado y con la extraña sensación de que todo se volvía difuso, antes de entrar en la inconciencia volvió a recordar aquella otra vida. El alud que sepultó a la tribu en la tormenta infinita; la conjura de los dioses antes del fin, cuando rodó por la nieve y todo se volvió blanco.

Los impuntuales #2

Levábamos más de una hora esperando a que bajara la marea para seguir rumbo a Pardelas. El agua obstruía el paso a la altura de las cuevas. Muy de vez en cuando corría una fresca brisa del mar, pero el resto del tiempo el sol parecía inagotable.

Todavía nos duraba ese sabor amargo en el paladar, aunque por momentos nos olvidábamos de ello y nos dejábamos llevar como niños. Fedra buscaba dientes de tiburón entre los caracolillos que clasificaba y reagrupaba según sus formas y colores.

El agua resultaba una tentación irresistible aquella tarde. Seguramente no superara los quince grados de

temperatura, pero afuera sin un gramo de sombra, la Piedra Guacha asemejaba un hervidero.

El golfo estaba planchado; el agua me llegaba a la cintura y podía ver el fondo, daban ganas de bebérsela toda. El sol resplandecía sobre la superficie y por momentos te cegaba. Estaba lleno de pequeñas medusas inofensivas que nadaban sumergidas en el agua cristalina y destellaban unos verdes y violetas maravillosos.

Estaba seguro que en esta ocasión ella terminaría encontrando alguno.

A ellas no

Al Negro Mannarino

Estaba segura que había sido elegida más por la firmeza que por mis otras virtudes. A ellas no les podría haber pasado, la vida en el pueblo tan sólo les sucedía. Creo que no estaba lista para que Diosito me encargara una misión así. Llevaba apenas un día de misión y ya tenía los huesos fastidiados, la piel áspera y los nervios retorcidos. Sin embargo mi fe estaba más entera que nunca.

Me pesaban los días sin comulgar, y ésta era la primera misa que presenciaba luego de encontrar el camino.

“Oremos juntos por los desprotegidos que sufren la crueldad del invierno, por la miseria de quienes mueren

congelados en las calles. Por las víctimas de esa brasa demoníaca que saltó sobre una cortina y lo incendió todo. Por la familia de Ringuelet. Que en paz descanse. Por el reino de los cielos, Amén”.

Todos repetimos amén y volví a bostezar de nuevo. Estaba borracha hasta el cuello y comenzaba a sentir la ansiedad de otro trago. Mis últimos días no habían sido fáciles y develar el mensaje de Diosito me había regresado al vodka como en el secundario. Sólo pensaba en beber una copa para calmar el ardor. Dentro de mi cartera, la petaca estaba tan vacía como la mirada del Curita, cuando abandonó la modorra en el sillón del altar.

Para ordenarnos en el tiempo, ayer al mediodía perdí mi virginidad. A ellas no les voy a contar nunca, aunque me encantaría que me abrazaran como cuando la primera de nosotras se acostó con un chico. En nuestro grupo sólo había una manera de iniciarse en el amor y era la noche en que una pareja cumplía los doce meses. Recuerdo mi primer novio, pobre Leónidas, al séptimo mes daba la impresión que se le iba a reventar la vena. Pero la primera en alcanzar su noche dorada fue Andrea Salaberry, con el más chico de los Arau, Felipe Martín Arau. Eran la pareja perfecta, se habían arreglado una noche en el boliche aunque se conocían desde chicos.

Al día siguiente estaba tan cambiada que parecía una de tercer año. Nosotras nos mirábamos excitadas, ansiosas de que las dos primeras horas de Historia se esfumasen. En el recreo nos reunimos en los baños. La mirábamos fascinadas, atentas, mientras Andrea sonreía acalorada.

Es mágico...Hacer el amor es mágico-dijo y todas nos reímos.

—¿Y duele?—preguntó Caro Lapage.

—¡Es mágico chicas...! —volvió a decir sonriente y fue lo único que nos contó. Teníamos trece años en ese entonces, pero Andrea desde los doce ya era una mujer de cuerpo.

En ese entonces creía que hasta los dieciséis iba a mantener mi pureza, se lo había prometido a Diosito. Igual siempre soñaba con mi príncipe azul. Ese hombre que me llevara al altar y me hiciera cinco hijos, porque yo quería tener como mínimo cinco hijos. Me Imaginaba los fines de semana en el campo o las vacaciones en Monte Hermoso. La llegada de los nietos o los atardeceres tomados de la mano, viejos, esperando que el cielo cayera en mil perdices.

Con Leónidas me arreglé en los festejos de la primavera y no volvimos a separarnos. Todavía perduraba el invierno esa noche en que me sentí diferente. El boliche estaba lleno de negros. Tomábamos tequila en ronda y estaba tan

borracha y tan caliente que me fui apretando contra el cuerpo de Leónidas hasta sentir el calor de su pija.

Entonces salimos del boliche y nos fuimos en el *Corsa* con olor a nuevo de la madre. El cielo estaba estrellado y hacía mucho frío. Durante el viaje no hablamos más que de los negros, que nos habían arruinado el boliche y de lo grasas que eran. Me sentía segura con él y no me importaba donde me llevara.

Leónidas era un buen partido, no portaba un apellido tradicional de Trenque pero estaba segura que su inteligencia lo llevaría lejos con la agronomía. Soñaba con formar una familia bien y por las noches fantaseaba con casarme de blanco y entrar a la iglesia del brazo de mi padre. Al día siguiente amanecía con un calor tan intenso que la única manera de sofocarlo era en el confesionario. Yo me sonrojaba cuando me preguntaba por los malos pensamientos y me quedaba en silencio con la mirada en el suelo. Debés guardar los pensamientos para el Señor, me decía el Curita.

Pero esa noche en que avanzábamos por la ruta vacía me sentí única. No estaba asustada, era como una sensación de incertidumbre, de no saber. Recuerdo el camino de entrada iluminado por velas blancas a los costados. Sobre el suelo del living, un millar de pétalos rosas se encami-

naban a la habitación. Me puse contenta por esos detalles románticos. Durante algunos segundos me vi en la escuela contándoles a ellas. Después el fuego se adueñó de mis ideas y me abalancé sobre su cuerpo desesperada.

Y ahí me vi, tirada en la cama con las piernas abiertas, él me besaba la concha como si fuera de oro; sentía que me iba a explotar el vientre y arañaba el colchón intentando sostenerme para no volar. Nunca había sentido mi cuerpo tan hirviendo. Entonces intentó meterla despacio, pero yo estallaba de dolor; apenas presionaba con su pija hermosa, sentía que me mutilaban. Lo intentó varias veces, pero no pudo llevarse mi virginidad esa noche. Con la mirada perdida en el cielorraso, fumé un *Philip* en silencio, condenadamente caliente.

Más tarde leí que les pasaba a varias mujeres durante su primera vez: la vulva se inflamaba por sobre excitación y se irritaba de tal modo, que no había solución instantánea en esos casos. A la semana nos peleamos con Leónidas y no volvimos a intentarlo. El sexo no había resultado una buena experiencia en mi corta vida, los hombres tampoco. No se lo conté a ellas; en realidad les mentí y les dije que corté porque no le importaba otra cosa más que hacerlo. Éramos un grupo de chicas que nos hacíamos respetar, no como las negras del Barrio San José que eran flor de putas.

Las cosas cambiaron desde que Diosito me mostró el camino para salvar almas enfermas. Me sentía plena sirviéndole al Señor, pero tenía que dejar el vodka cuanto antes, a Diosito no le gustaba. Sólo un trago más, eran los primeros días y no estaba preparada para recibir semejante revelación. Pero la petaca estaba vacía en mi cartera, el Curita no terminaba más con las plegarias y yo no podía dejar de pensar en aquella noche en el convento.

Todo empezó cuando cumplí diecisiete y viajé a La Plata para tomar los hábitos. Era una alumna perfecta en el convento, llevaba un comportamiento ejemplar y mi promedio superaba ampliamente la línea del nueve. A decir verdad, las exigencias de la institución no me resultaban un sacrificio. Siempre antes de acostarme, cuando terminaba la novena, besaba la imagen de la Hermana Teresa de Calcuta y le pedía que me ayudase a servir a Diosito, que me enseñara un camino de verdaderos sacrificios.

Esa noche templada y silenciosa, me acosté a las nueve como era costumbre en el convento. En los sueños, soñaba que era chica y con Andrea jugábamos a los *Ingalls*. No recordaba la cara de quien hacía de Charles, pero sé que lo vi y me desperté temblorosa. Recé unas oraciones para poder volver a dormirme. El segundo sueño fue milagroso y no exagero; charlaba con Leónidas al borde de una piletta, estábamos avejentados y reíamos a carca-

jas. En la pileta veíamos nuestros momentos juntos; vi aquella noche frustrada en la quinta, volví a sentirlo empujar mi entrepierna ardiente, y yo me relajé y entró con toda su pija al rojo vivo. Al principio me asustó que no tuviera forro, pero cuando sentí como me llenaba de fuego, exploté en un orgasmo divino, mientras él me seguía cogiendo y cogiendo con ganas. Cuando volví a abrir los ojos un rayo helado me paralizó. No era la cara de Leónidas quien me miraba excitado mientras me cogía. Era la hermosa cara de Jesús, nuestro Señor Jesucristo, quien acababa placentemente adentro mío.

A las cinco de la mañana escapé del convento con lo que encontré. Me la pasé tomando copas invitadas por desconocidos en barras de inmundos sucuchos. En una cantina me presentaron un *cafiolo* y el forro me miró como si fuera oro en polvo. Me pidió que tomara un nombre falso, “de guerra” me dijo y elegí Celeste, por el manto de la Virgen. Como les conté, ayer al mediodía perdí mi virginidad y para las ocho de la noche había cogido más tipos y más veces que cualquiera de mis amigas. Sentía el cuerpo molido pero eso de alguna forma me ayudaba a continuar. Con la plata que gané en un día compré unas petacas de vodka y el resto lo usé para llenarles la panza a unos nenes de la calle. Ellos no tenían la culpa, los negros eran los padres. Este era el camino, salvar las almas

enfermas y alimentar a los nenes de la calle. Soñaba con contarles todo a ellas; lo que me estaba pasando, lo feliz que me sentía con la senda que había tomado, lo difícil que había sido sacrificar el orgullo en un cabaret. Sí, me hubiera encantado, pero no lo hubiesen entendido, a ellas no les gustaban las putas, ni entenderían esto de querer llegar a santa.

Pochoclos

Al Dispensario

Todo empezó con los pochoclos en el suelo. Justo cuando quería agarrar uno, el más inflado, el más acaramelado, se escucharon los petardos y me dormí. Me di cuenta que me había dormido, porque después me desperté en una cama y tenía unos cosos, como una máscara de aire y mi mamá lloraba al lado mío. Me hablaba despacito con ese olor picante:

—Tenés una nana, pero te vas a sanar prontito...

Entonces ahí me dormí de vuelta y traté de acordarme que había pasado antes de los pochoclos y los petardos. Recordé el mismo olor picante de mamá, que salía de una botella de *Fanta*, aunque yo sabía que tenía vino.

Mamá tomaba al mediodía, ella siempre decía un vasito nada más y volvía a servirse. Después seguro me retaba y me decía que me iba a llevar el *Guacho de la bolsa* y yo me asustaba tanto que me costaba dormir la siesta.

Mamá enseguida roncaba y yo me imaginaba al *Guacho de la bolsa*, con su narizota peluda, sus ojos rojos, feo como un negro de mierda. Entraba sin hacer ruido por la puerta de la casilla, pasaba la cortina y me atacaba. Ahí me despertaba y me daba cuenta que era una pesadilla. Igual me encantaba dormir la siesta con mamá y era uno de los mejores momentos del día. Cuando nos levantábamos mamá le preparaba la mema a Zoe, mi hermanita nueva, y una chocolatada para mí. “El pupi”, mi hermano más grande, nunca tomaba la leche, ni cuando había. Mi mamá ya no le decía nada.

Después miraba dibujitos hasta que venía Dolores y nos íbamos a jugar a su casa. Dolores era re grande, tenía más de cinco y una muñeca nueva que me encantaba. Ella me la prestaba bastante y yo la acariciaba con cariño; tenía una piel re suavcita y un olor más rico que el de Zoe. Nos íbamos a su casa y la mamá nos preparaba la leche y yo siempre decía que todavía no había tomado y aprovechaba. Me encantaba cuando había vainillas porque nunca las había probado hasta que fui a lo de Dolores por primera vez y su mamá compró. Tenía unos

sillones re lindos donde mirábamos los dibujitos y casi nunca nos peleábamos porque yo no quería que se enojara, así que me aguantaba lo que fuera.

Cuando nos aburríamos jugábamos afuera a escaparnos de su hermano más grande, que era re bueno y valiente. Corríamos y corríamos sin darnos cuenta que comenzaba a oscurecer. Su mamá los llamaba para que entraran a la casa y como sola me aburría, volvía a mi casa para que mamá no se enoje. Igual casi nunca se daba cuenta que no estaba. Entonces empezaban los problemas porque Zoe lloraba y mi mamá frente al televisor no la escuchaba, no nos escuchaba, estaba como vacía, con los ojos perdidos. Y el Pupi se dedicaba a molestarme diciéndome siempre cosas feas de ella:

–Mamá es una borracha fea...

–Mentira no es fea.

–Si me lo dijo el tío.

–¿Qué cosa?

–Me dijo que las borrachas eran feas...

–Y qué me importa...

–Mamá toma vino...

–Hammm, una vasito nomás.

–Y después toma cerveza a la tarde.

–¿Y? ¿Qué tiene guacho?

–Eso es ser borracha...

–Hammmmm –le contestaba yo.

–Y fea y muy mala...

–Vos sos feo como un negro de mierda.

–Yo no soy un negro de mierda, guacha –me decía y entonces me empujaba –vos sos una negra villera.

Entonces juntaba todas mis fuerzas posibles, le pisaba el pie y salía corriendo para que no me pegara. Me corría por la pieza y me metía por debajo de la cama y no me podía agarrar. Entonces el miedo y el enojo se nos iba y se volvía algo divertido para los dos. Nos metíamos en la pieza de mi mamá, corríamos arriba de la cama y entre las sillas llenas de ropa. El Pupi siempre estaba cerca de agarrarme y yo volvía a escaparme para donde mamá miraba la tele y tomaba cerveza. Ahí mismo cuando nos veía empezaba a los gritos, y nos echaba la culpa porque Zoe se despertaba.

–¡Guachos de mierda miren lo que hicieron! –gritaba mi mamá –se van a ir a la cama sin comer.

–No mami por favor.

–No saben hacer otra cosa que joder, una más y los cago bien a palos ¿Quieren?

Yo me largaba a llorar como Zoe, porque me daba miedo cuando mami se ponía roja y gritaba.

–Callate guacha de mierda, me haces doler la cabeza, que carajo te pasa para que llores ¿Querés cinto?

–No –decía yo y el Pupi no decía nada.

–Cuando venga papá va a haber cinto.

–No quiero que venga papá, es malo y vos también.

–¿Cómo dijiste?

–Pupi me dijo que eras mala, fea y borracha.

Y lo agarraba al Pupi, lo llevaba al baño y le lavaba la boca con jabón. Después me pegaba un cachetazo y volvía a ver la tele.

Papá era bueno pero nunca estaba porque volvía muy tarde de laburar, hasta que empezó con el tío. Esa noche aprendí lo que significaba la palabra laburar. Me acuerdo que vino mi tío a buscarlo y yo les pedí si podía ir. Hacía frío pero no me importaba, era lindo ir a la esquina y jugar con la tierra y las piedritas mientras los grandes charlaban y tomaban vino en una botella de gaseosa. Me llamó la atención una palabra que repetían y no sabía que era:

–Vení a laburar conmigo y levantás enseguida.

–Pero es un bardo.

–Más bardo es levantar paredes, te rompés el alma –le dijo mi tío –y no hacés un mango.

–¿Y qué hay que hacer?

–Si sos cuidadoso el laburo es fácil, ya está todo hablado, todo listo.

–¿Cuánto hay que poner?

–Con las primeras ventas pagás la movida y volvés a invertir y el resto es para vos, más de 15 lucas por mes seguro.

–¡Es una torta!

–Mi único consejo para que no termines en la ruina es que nunca lo pruebes.

–Papi –le dije.

–¿Qué pasa?

–¿Qué es laburo?

–Lo que compra la leche y la comida.

–¿Y la cerveza también?

–Todo, Mi Vida, compra todo.

Papi empezó a laburar en casa y eso estaba re bueno porque ya no tenía que extrañarlo y mamá estaba más contenta porque no se aburría tanto. Cada vez empezaron a ser más seguidas las visitas a mi papá. Cuando se iban, mi papá se ponía contento mientras contaba la plata.

–Papá ¿Ese es tu laburo?

–Sí, les doy lo que vienen a buscar y se van contentos.

–Sos re bueno papá.

–Lo hago por vos y por tus hermanos.

–¡Y por mamá también! –grité contenta.

A partir de esa noche que entendí la palabra laburo, todo fue mejor en mi casa. Había vainillas todas las tardes y podía invitar a Dolores a tomar la leche y mirar los

dibujitos en la tele nueva y grande que trajo mi papá. Y casi ni nos peleábamos con el Pupi que estaba más bueno desde que había empezado a tomar la chocolatada con vainillas. Mamá tomaba como siempre. Un vasito nomás al mediodía, como decía ella, y a la tarde cerveza con mi papá, mientras armaban las bolsitas de olor a podrido. A veces lo ayudaba a mi papá, pero enseguida me descomponía ese olor y no podía seguir.

Fueron muchísimos días de alegría hasta el domingo que comimos un asado y el tío vino preocupado a buscar a mi papá. Yo fui con ellos, al Pupi no lo dejaron porque tenía que cuidar a Zoe. Ahora me acuerdo bien que fuimos a la plaza y el tío había llevado una botella de *Coca* con vino, por el olor picante me daba cuenta. Y los grandes hablaban fuerte y yo jugaba con la tapa de la botella, hasta que se me zafó de la mano y volqué vino en mi pantalón.

—¡Qué pelotuda, vas a volcar todo! —me gritó el tío.

—¡No le hables así a la nena! —me defendió papá.

—¿Qué querés? No podés controlar una guacha ¿Cómo vas a hacer con las deudas?

Estaban enojados, yo me daba cuenta enseguida, así que caminé hasta los juegos. Antes encontré dos señoras sentadas en el pasto, eran re buenas y tenían pochoclos. Me regalaron un poco y me enseñaron un color nuevo:

púrpura. Cuando mi papá se dio cuenta se enojó más y me llevó con él. Fue entonces que vi los pochoclos que se me habían caído al suelo y trataba de agarrar uno, cuando me acordé que esa parte ya la había vivido y que seguro ahora vendrían los petardos y me quedaría dormida. Pero fue al revés, porque después de la explosión me desperté.

Mamá roncaba sentada a mi lado y yo estaba como pegada a la cama con *plasticola*; la máscara de robot me seguía llenando de aire; estaba en una pieza que no conocía, donde había otras camas que no llegaba a ver bien; no podía hablar y apenas me salían las lagrimitas de mis ojos. Seguro que seguía con nana, pensé mientras miraba el techo, pero como dijo mamá con ese olor picante en la boca, me voy a sanar prontito.

Los impuntuales #3

Entonces sentimos el amargor avanzar por el paladar, por la lengua, por la cara y eso nos alivió aquel domingo de mediodía nublado. A pesar del silencio del microcentro, podía sentirse el eco del agite semanal en cada uno de sus recovecos. Caminábamos por la *rua da Carioca* junto a Fedra, atentos a la arquitectura colonial con impronta lusitana, encantados con el clima tropical y dispuestos a pasarnos varias horas dentro del Museo de Arte Moderno. Antes, nos detuvimos frente al Teatro Municipal impactados con sus contrastes de marcos dorados y cúpulas zafiro.

Nos alejamos para tomar una panorámica desde la plaza.

A mi izquierda, bajo la sombra de un plátano, dormía un hombre sin techo. A mi derecha, allí, uno al lado del otro, con las armas apuntando al horizonte, formaba la tropa de elite. Nos miramos aturdidos con Fedra, sintiéndonos en el lugar equivocado. Así sin más, encaramos hacia la calle, mientras dos cariocas contaban reales y en el centro de la plaza, a una treintena de *crackeros* concentrados en sus pipas, les importaba un carajo estar rodeados.

Frente a la plaza, una dama de blanco descendió de una carroza reluciente y en cada paso hacia la iglesia brillaba como una moneda.

Atravesó la pasarela del Brisamar

A mis abuelos

Era una tarde de otoño cargada de nubes negras. La barca amarrada golpeaba a babor contra el muelle. Zizo, algo mareado por la cerveza, me alcanzaba los paquetes con la mirada fastidiosa. Yo los estivaba en el carro, abstraído, planificando una venganza. Tenía que gastarle una broma bien pesada. La tarde anterior había logrado enfurecerme hasta la rojez. Entonces, ella atravesó la pasarela del Brisamar con la sonrisa ancha y los ojos perlados y avanzó por el muelle como un hechizo. Me sedujo la negrura de la miel de caña en su piel. Aunque sostenía una maleta con esfuerzo, caminaba con frescura y las piernas al descubierto. Esa tarde de marzo me enamoré de Sonía.

Volví a cruzarla en la aldea a la mañana siguiente bajo un sol que encendía los morros de verde, todos florecidos de amarillo y violeta. La tierra que se desprendía de la *Rua Getulio Vargas*, se volvía polvo en el aire todavía fresco; descargábamos, justo antes de la primera cerveza, un pedido recién llegado de *Angra*, y fue Zizó que abandonó el *pack de Guaraná* en el suelo y me susurró arqueando las cejas “ahí viene la maestra.”

Con el antebrazo borré el sudor de mi frente y antes de volverme hacia la calle, me quité la gorra por respeto; ella caminaba apresurada, sin perder ni una gota de su belleza, con una pila de libros sujetos contra su pecho. –¡Buen día, señorita maestra! –le dije desplegando una buena sonrisa y entregado a sus ojos.

–¡Buen día! –dijo y su voz grave me golpeó el pecho. – Profesora Sonía –me contestó marcando la diferencia y con una sonrisa encantadora.

–Eusebiandro –alcancé a decirle antes de que doblara hacia el colegio.

A pesar de que los años habían pasado, cada tarde mientras esperaba al Brisamar pensaba en Sonía. Recordaba el aroma del café negro, las salchichas y el huevo

fritado de los desayunos; los paseos de la mano por la playa y las caminatas a *Palma* a ver la caída del sol en el mar. Más de un millar de madrugadas en que nos amamos en el infinito volvían a mi mente y la única maldita noche que no podía traer a mi cabeza era aquella en que subimos a las cuevas.

Todo había cambiado en mi vida después de esa noche. Me levantaba media hora antes de que llegara el Brisamar a las cinco de la tarde. Bajaba por la *Rua do Bicao* entre las sombras de los palmares y los coloridos muros de las posadas. Los dueños de las hosterías me entregaban sus volantes y me pedían que ofreciera primero sus servicios. Uno me convidaba un *salgado*, otro una cerveza y ese era mi desayuno diario.

Ubicaba turistas recién desembarcados y me pagaban una comisión. Los abordaba apenas pisaban *Abrao* cuando atravesaban el muelle, desbordados de equipajes y boquiabiertos por la mata atlántica que trepaba hasta el cielo por los morros. Las parejas jóvenes eran mis favoritas, enseguida entraba en confianza con ellos. Cargaba alguno de sus bultos más molestos y los guiaba por el pueblo en busca del hospedaje adecuado. Uno disponía de dos intentos: la opción más costosa aumentaba mi ganancia si cerraba; cuando no, la más económica me aseguraba la jornada. Ese era mi trabajo desde aquella noche en que subimos a las cuevas.

Resultaba asombroso cómo los primeros billetes en el bolsillo me producían una comezón insoportable en la garganta. A cada paso se volvía una tortura hasta el momento en que aparecían las voces. Comenzaban como un murmullo suave, lejano pero constante. Entonces no me quedaba otro remedio que ir a la tienda, fastidioso por el sudor frío que me recorría la espalda, y pedir un cuarto de pollo trozado, dos botellas de *Cachaça 51* y tres atados de cigarros *Carltons*. Ya más tranquilo, encaraba hacia el rancho con la esperanza siempre latente de cruzar a ese desgraciado paseando por la *Getulio Vargas*. “Algún día tendrá que volver a la isla, Eusebiandro” repetían las voces en mi cabeza. Cuando se marchó era un adolescente enamorado de una mujer casada, pero volvería hecho hombre desanimado en cualquier momento. Yo lo esperaba cada tarde en el muelle. Lo imaginaba de mil modos: barbudo o lampiño; de pelo largo o rapado; gordo o flaco; empresario o artista.

No lo culpaba por enamorarse de ella, era una de esas mujeres exquisitas que encandilan a los hombres. No le perdonaba, claro, que Sonía se hubiera enamorado de él, Jairzinho Alegre, al punto de abandonarlo todo. De sólo pensarlo, un ardor espeso me abrasaba el alma y la botella era mi confesora y una buena patada de burro que me dejaba tumbado.

Pasar los días, eso era una verdadera pesadilla, si no fuera porque le había jurado a ella que vengaría al culpable, no habría persona en el mundo que deseara tanto la muerte como yo. A media botella las voces se volvían un murmullo incomprensible; acodado en la mesa la empinaba casi en penumbras, bajo el reflejo sutil de una vela que parecía siempre la misma o vuelta a encender como los *Carltons* o como el aroma empalagoso al destapar otra *Cachaça* o como los recuerdos que siempre regresaban de madrugada.

Jairzinho Alegre llevaba sangre carioca y el cabello rubio; era desgarrado y largo como un lunes de abril y a pesar de la timidez intensa que lo abordaba, ganaba el respeto de sus compañeros desafiando la autoridad. Eso me dijo Sonía la primera vez que me habló sobre Jairzinho luego de que empezaran las clases.

Yo conocía a su madre, Iracema, desde la infancia cuando jugábamos entre las ruinas del acueducto y nos robaba las miradas. Una vez que la juventud nos arrebató, se volvió mujer de piernas macizas color café. Solía frecuentar el *Casarao* por la tarde en busca de una cer-

veza fresca y siempre terminaba por hacerse un lugar entre los muchachos. Tiempo después que dinamitaran la prisión, se dedicó al turismo como casi todos en la isla. Jairzinho jugaba en la playa mientras ella paseaba gringos de la mano. Los días se fueron como siempre y el niño se volvió muchacho, sin embargo ella jamás supo cómo dejar la vida.

Jairzinho Alegre se tornó una verdadera pesadilla para Sonía, desde la primera semana como profesora en *Abrão*, al punto de hacerla llorar delante del curso. Siempre el problema era Jairzinho, hasta que empezó el último año del secundario y no volvió a mencionarlo. Justamente fue cuando Sonía se volvió taciturna y esquiva. Ya no frecuentamos más la caída del sol en el mar, no había tiempo para los paseos a *Praia da Julia* y aquellas madrugadas pasionales se tornaron tan desabridas como los desayunos somnolientos. Zizó me advirtió una mañana nublada que abriera los ojos: “No esperes a que sea tarde, tenés que hablar con ella”.

Pensaba hablar con Sonía cuando pasara la euforia de la celebración de Santa Bárbara, pero ese jueves caluroso descubrí algo que no me gustó. Con sus labios rojos como su escotada musculosa, danzaba entre las matronas engalanadas bajo tules blancos que caían sobre las faldas infladas; llevaban unos canastos de mimbre colmados de

rosas abiertas y cantaban con los ojos apretados lagrimeando. Mientras la procesión avanzaba por la *Rúa Getulio Vargas*, los hombres alzábamos sobre los hombros la imagen de la virgen rumbo a la capilla. La seguía de reojo cada tanto, las mujeres iban unos metros por detrás. Fue así que vi a Jairzinho con su melena rubia, desgarrado y ojeroso, acercarse a Sonía y ella, disimulando una sonrisa que yo bien conocía, con sus ojos perlados como cuando atravesó la pasarela del Brisamar, le entregó un papel que Jairzinho desapareció en su bolsillo.

Cada tarde en el muelle, Sonía regresaba a mis ideas como si nunca se hubiese marchado. El Brisamar asomaba en el horizonte y avanzaba con la tranquilidad de un gigante. Intentaba recordar con claridad aquellos días de Diciembre; yo descargaba junto a Zizó cuando a paso lento se fue Jairzinho. Con un bolsón en la mano y una mochila en la espalda avanzaba decidido por el muelle. Su madre lloraba, se refregaba las oscuras ojeras y lo saludaba con el brazo extendido, justo cuando su niño ya crecido, se perdía entre el resto del pasaje. –Yo solita, quién hubiera dicho en esta isla que el hijo mío iría a la universidad...

–Brindo por tu hijo Iracema –le contesté y sonreí.

–Se va para *Manaos*, un lugar con grandes oportunidades, dicen que allí todo brilla.

–¿Grandes oportunidades? –Preguntó Zizó con la nariz fruncida –Ni siquiera sabía que existía *Manaos*.

–¡Grandes oportunidades Zizo! Mi hijo se va con trabajo y será abogado en unos años.

Lo curioso sucedió por la noche, luego de que cenáramos en el más absoluto silencio. Sonía se había esmerado en la cocina como antes y al pescado frito lo acompañó con arroz, feijoo y farofa; los cubiertos, que apenas rozaban los platos, retumbaban como campanas en la noche. A pesar de que ambos sabíamos que algo importante se había roto y que quizás fuera tarde para repararlo, se percibía en el ambiente cierta calma que nos alegraba. Nos sentamos bajo el alero de chapa en la sobremesa, de cara a una leve brisa húmeda que rociaba las plantas. Sonía me tomó de la mano y mirándome con los ojos opacados me explicó que le habían ofrecido un cargo importante como profesora universitaria, que era por seis meses nomás y que era una gran oportunidad en su profesión. Y mientras pensaba que quizás extrañarse un tiempo podría mejorar las cosas, sentí de repente una intensa picazón en la garganta y luego una voz que hasta entonces nunca había escuchado me susurró al oído: *oportunidad*. Esa fue la noche en que subimos a las cuevas.

Un dolor contundente me abrió los ojos cuando ya era de día; aturdido y de espaldas en la tierra, la incertidumbre me abordó bajo un techo rocoso y húmedo; me incorporé con la cintura destrozada, como si hubiera cargado con el mismísimo demonio en andas, y miré extrañado la cueva que me encerraba. Afuera parecía que Diciembre daría inicio a la temporada de lluvias; la mata atlántica rodeaba el horizonte y entonces supe que estaba camino a *Dois Ríos* y que algo grave había sucedido después de que las voces me inundaran. Descubrí mis manos emba-durnadas de sangre y los gritos de Sonía volvieron como en la oscuridad del monte. La puntada en la sien se tornó más pesada y avancé algo mareado entre las plantas pi-soteadas. El tiempo se detuvo. El cuerpo rígido de Sonía yacía desparramado como un espejo roto en el suelo. En vano, durante largos días intenté recordar qué había sucedido. La enterré de cara al atlántico junto a lo mejor que me quedaba como persona.

Algún día tendrá que regresar a la isla, repetían las voces a pesar de los años y yo lo esperaba sobre la cos-

tanera con las publicidades de las posadas en mi mano. El Brisamar amarrado al muelle golpeaba a babor, un tripulante desplegó la pasarela y los primeros pasajeros descendieron. Los *carreteiros* estibaban la mercadería empapados en sudor; el olor picante del pescado congelado agitaba a una bandada en el aire que no se atrevía a aterrizar. El cielo claro de febrero se fundía con el verde brillante de la mata atlántica que cubría los morros sobre la costa de *Abrao*. Los turistas, encantados por los colores, desplegaban sus sonrisas blancas y señalaban las palmeras y los barcos y la arena. Seguían bajando, parejas jóvenes con sus mochilas excedidas y gringos de dientes amarillos. Los *carreteiros* acomodaban paquetes como alguna vez lo hice cuando existía Sonía y los días eran fabulosos. Las voces aparecieron demasiado pronto esa tarde y aun faltaba plata para la *Cachaça*.

Una mujer rubia de cabello enrulado, con los rasgos del sur, descendió preciosa del Brisamar y le colocaron en sus brazos un recién nacido, y a su lado un niño también rubio vestido de playa. Luego bajo él. Las voces se volvieron metálicas, estridentes y busqué el mango en la cintura. Lo acaricié con satisfacción y volví a mirarlo a los ojos: supe que ese hombre era Jairzinho Alegre.

Hecho hombre, con bigotes dorados y sombrero visera que lo guardaba del sol; esposo de una bella mujer, pa-

dre de dos hijos buenos, bellos, ejemplares; quince años más tarde de un amor adolescente que destrozó mi vida y que acertó dos destinos. Avanzaba seguro por el muelle, con su niño de la mano y su mujer tomada por la cadera, mientras un *carreteiro* trasladaba el equipaje, las gaviotas se arremolinaban sobre el Brisamar y yo empuñaba tembloroso, la faca entrecruzada en mi cintura.

*Publicado en *EL último día del verano*
[Club Hem Editorxs-Pixel Editora 2012]

Flotando a la deriva como un trozo de telgopor

A Ramiro Fernández

El trabajo nunca me disgustó, era cuestión de que pasaran los primeros días del mes, y el resto se esfumaba como una tanda de publicidades. Los miércoles íbamos al cine con Estela Gabán. Me fascinaban las películas de amor y las que te hacían pensar un poco. Las argentinas no, siempre me parecieron demasiado lentas; está bien, *Nueve Reinas* fue genial y las de Campanella también; claro que me encantaba Darín, lo respetaban en todo el mundo. El séptimo arte fue lo que nos unió con Estela y creo que fue lo único ahora que lo pienso.

Fuimos compañeras en el ministerio durante siete años. Cuando entró a trabajar era una mujer hermosa.

Tenía el cabello sedoso y bien negro, una mirada brillante como las estrellas y el cuerpo todavía joven, sensual. El rostro se le iluminaba cuando sonreía y los hombres de la oficina se babeaban. No es que me gustaran las mujeres, pero me cautivaba cuando me fijaba sus ojos verdes. Los años de relación con su novio la fueron deteriorando, se le notaban los centenares de litros de café en el rostro y las pupilas opacas por la drogas. Aumentó de peso en un par de meses, no estaba gorda, estaba inflamada como rellena con polenta. Ni hablar de los moretones en los párpados que intentaba disimular bastante bien con sombras azules. La entendía, yo también había justificado las actitudes violentas de Martín hasta que me animé a pedirle el divorcio.

Un mediodía en que almorzábamos en la oficina, me contó que había decidido dejar a Miller, que planeaba tomarse las vacaciones adeudadas y viajar a Brasil luego de comunicarle la decisión. También me pidió si podía encargarme de Adrián, el pececito longevo que tenía desde que la conocí. Para mí era una complicación; después de la oficina tendría que tomar otro micro hasta el barrio Hipódromo, alimentarlo y recién ahí emprender el regreso a casa. De todos modos acepté, sino ella no podría haber viajado, y no se hubiera animado a romper con Miller. No tenía familia en La Plata y amigas menos.

Era rara, pero era buena; demasiado soñadora para estos tiempos, a su edad podría haber invertido en algo, un auto al menos. ¿Los viajes para qué servían? Afloran viejos proyectos, ideales rancios y estúpidos; efímeros al tercer día de regresar y la computadora que vuelve a fallar en la oficina. Pero ella no tenía hijos y podía hacerlo.

Y allí me encontré un jueves a la tarde, sobre la 119 antes de llegar a la intersección de la 36, delante de su casa. Tenía el frente descascarado y las celosías algo oxidadas; a diferencia del jardín, bastante florecido y con el césped prolijo. El living era amplio, con dos sillones negros y una mesa ratona forrada en cuerina. Sobre uno de los muros había una biblioteca con autores que no conocía como Bu-kow-ski, Ar-It y Chan-dler, rusos complicados supuse y algunos cuadros de rockeros del siglo pasado que decoraban las paredes.

Colgué mi abrigo y eché un vistazo; *Estela*, llamé con voz normal y no respondió; *Estela*, esta vez casi grité pero efectivamente no había nadie. Había bastante olor a ella, como a jarabe para niños. Algo que repiqueteaba como un metrónomo comenzó a volverse molesto. Pensé que podría ser la heladera en la cocina pero no, funcionaba correctamente. Entonces se me ocurrió que podría haberse trabado el respirador de la pecera y me preocupé.

El longevo pez estaba muerto, flotaba a la deriva como un trozo de telgopor. Sin embargo, el oxigenador

funcionaba correctamente y el ruido llegaba de otra parte. Podía explicarle a Estela lo que había ocurrido, ella lo entendería, de todos modos mi confianza no saldría del todo ilesa y yo no tenía nada que ver con el asunto. Podría también comprar un pez similar, tenía unos cuantos días hasta que volviera para encontrar alguno. Podía tomarle una fotografía y recorrer todas las casas de mascotas de la ciudad; de ser necesario podía viajar a Capital, a la *calle de las mascotas* y comprar al sustituto de Adrián. Claro que Estela podría darse cuenta de las diferencias, Adrián ya tenía sus años, y el reemplazante sería lo suficientemente joven como para estar a la venta.

Un calor intenso me invadió, lo conocía, el mismo de aquella vez en que mi ex marido estrelló la silla contra la pared del comedor. Esa noche me había encontrado conmigo, con mi cuerpo y había empezado a separarme de Martín Cinquetti. El traqueteo constante repercutía en mi cabeza y no podía pensar con claridad. Me concentré en detectar el origen; la acústica del lugar me engañaba, por momentos parecía que el problema estaba en el baño, al primer paso me daba cuenta que no, podría ser en la habitación, aunque cuando me dirigía hacia allá, la intensidad disminuía. Me arrodillé y tomé la postura de un perro, cerré los ojos y me dejé guiar por el incesante ruido; estaba realmente molesta con la situación, le estaba haciendo un favor a una amiga que posiblemente

estuviera drogada, disfrutando sus vacaciones, en viaje con su errática vida.

Yo tenía que hacerme cargo de un problema ajeno; el pez de mierda podría haber muerto una semana antes o una semana después, pero se le ocurrió palmar entre semana al longevo, justo cuando yo debía encargarme de su alimentación. “Es más fácil que un perro”, me había dicho Estela en la oficina, “sólo tenés que alimentarlo una vez al día, no ensucia ni necesita cariño”, agregó y luego sonrió. Pero el pez estaba bien muerto y yo tenía un problema nuevo; en realidad dos, porque aún no encontraba aquello que estaba consumiendo mi paciencia. *Tac, tac, tac, tac, tac, tac, tac*, como un reloj de pared pero más intenso.

Minutos más tarde lo descubrí, se trataba de una falla mecánica, el *play/rec* de la casetera se había trabado, una real pelotudez. Lo di vuelta y presioné para reproducirlo; me recosté en uno de los sillones negros y suspiré. La música sonaba desde los parlantes a buen volumen, creo que eran los *Pink Floyd*, aunque nunca les había prestado atención. Esos sonidos psicodélicos debería escuchar Estela cuando se drogaba. Y ahí mismo seguro le bailaba al novio como si estuviera en 9 semanas y media, quitándose la ropa lenta y sugestivamente, y luego él seguro la tomaba por la cintura y la cogía violentamente.

Ella que era tan frágil, tan sutil y bella. Me gustaba. Su escote me parecía muy sensual y a veces me imaginaba la suavidad de sus pezones.

Cuando esa sensación de fuego avanzaba y no podía contenerme, me dejé llevar por el placer de mis dedos. La música sonaba agradable y comencé a sentirme cómoda. Me olvidé de Adrián y del sustituto y me quedé con la imagen de Estela. Mi mano se dirigió hacia mis tetas, las sentía duras y fuertes todavía. Me quité la blusa y el corpiño, y pude ver mis pezones duros. Los acaricié suavemente con el anular sintiendo como el fuego en la entrepierna aumentaba y mi cabeza galopaba a buen ritmo. Entonces deslicé suavemente mi mano derecha por el abdomen, atravesando el bello enrulado de mi pubis. Tenía la bombacha humedecida y sentía el calor que emanaba desde mi interior. Era maravilloso. Tomé la totalidad de mi vulva lampiña como si fuera una estrella de mar y luego recorrí los labios rozando suavemente la unión con el ano.

Deseaba tanto penetrarme con mis dedos, que me resistía a hacerlo para que crecieran esos destellos que regaban mi mente de magia. Cuando ya no me aguantaba, empecé por meterme los dedos al mismo tiempo que frotaba mi clítoris. Daba la sensación que mi concha iba a tragárselos, me latía con violencia y estaba desbordada.

Como si ella estuviera frotándome seguí hasta sentir ese olor intenso previo a llegar. Vibraba desde el abdomen hasta la cabeza, la mandíbula me castañeaba, y tenía las tetas contraídas, preparadas. El clímax era descomunal y comenzaba a ganarme el orgasmo. Me entregué con las piernas abiertas mientras me seguía tocando, ejerciendo la presión necesaria. De entre mis piernas brotó un manantial sustancioso e interminable que inundaba la palma de mi mano, mientras que mis dedos no dejaban de entrar y salir.

Permanecí unos minutos desplomada sobre el sillón del living, sentía que me había bajado la presión, que iba a desmayarme si me incorporaba de repente. Tenía la palma de mi mano derecha colmada y destellaba como una perla. El contacto con el aire la volvía pegajosa, y yo la contenía con precisión para no manchar nada.

Me sentí vacía, culpable y con una vergüenza adolescente. Me masturbé por primera vez a los 35 años, cuando ya era madre y desde esa vez no podía dejar de hacerlo donde sea que estuviera sola.

Me dirigí al baño con cuidado para evitar que cayera una sola gota al suelo; me limpié con el papel higiénico y luego lo arrojé al inodoro. Lavé mis manos con abundante jabón hasta dejarlas pulcras, sin rastros. Me detuve en el espejo, tenía el cabello revuelto y los ojos irritados.

Acomodé mi pelo y me enjuagué la cara con agua; luego revisé el botiquín pero no encontré más que gotas para los ojos, un dentífrico y una caja de pastillas para dormir. Me volví para tirar la cadena y terminar el asunto y entonces vi una mano de mujer colgando sobre el borde de la bañera. Corrí la cortina entre sollozos, ansiosa de que no fuera lo que temía, que se tratase de una alucinación, pero no. Ahí estaba Estela con el rostro sumergido y su hermoso cuerpo desnudo.

Los impuntuales #4

El bullicio de la rompiente me recordó a la refinería del barrio Mosconi desgarrando la calma de la noche. Fue sólo un instante, acá el viento fresco sabía a sal y no a mierda como olía el aire en Mosconi.

Mirábamos las estrellas desde el patio y tomábamos fernet en un jarro de aluminio. Me había prometido escribir algo todos los días, pero lo cierto es que me despertaba a cualquier hora con una resaca polenta y al rato estábamos nuevamente tomando cerveza.

Entrada la madrugada, nos colgábamos un pullover sobre los hombros y salíamos a pasear por el centro de Las Grutas. Estacionábamos en un punto estratégico

para volver a recargar el jarrito, que en realidad era una azucarera de aluminio que mantenía helado el fernet.

Pequeño, lo había encontrado en la casa de los Muñoz. Dejábamos la conservadora en el baúl del auto y volvíamos cada cinco temas de los que pasaba el musicalizador de turno en Los Delfines.

Los Delfines era un monumento que decoraba la segunda bajada, donde se podía ver la pleamar desde un balcón construido sobre el acantilado. La rompiente golpeaba con fuerza contra las grutas y la bruma se volvía insoportable para las personas que intentaban pegar un ojo ahí abajo.

La hora muerta

A Mariano Dubín

La madrugada del jueves entraba en la hora muerta mientras esperábamos por un viaje para volver a la calle. De fondo, la televisión transmitía boxeo desde algún gimnasio del interior. Ricky Richard preparaba el mate y la pava ganaba temperatura. Apoyado sobre el lavatorio, Yuyo Suárez controlaba la manguera que llenaba el balde; el resto, distribuidos sobre los sillones vencidos, matábamos el tiempo escuchando la tragedia tolosana de Ángel Benítez. Lo llamábamos “El Rayo” desde aquella tarde tormentosa que nos contó cómo había saltado uno. Angelito había terminado su jornada laboral con la caída del sol, pero algo había salido mal mientras cenaba con

su mujer. Tumbado en el sillón desfondado, con los ojos vidriosos y los pómulos arrebatados de tinto nos contó: Mi mujer me cornea.

Recuerdo una tarde de julio del '70 –dijo inmediatamente después Angelito entre los últimos sollozos –caminaba por la 118 que todavía era de tierra, rodeada de campos y de quintas y por curiosidad entré en Tolosanós, el club del barrio donde todos los pibes practicaban deportes y los viejos le daban a las bochas y la timba. El buffet estaba bien al fondo, pasando un gimnasio enorme que era orgullo de Tolosa. Tres paisanos bebían ginebra acodados a la barra mientras el Gallego les llenaba los vasos; a la altura del ventanal, había una mesa de pool vacía, rodeada de colillas en el suelo. En el centro del salón, cuatro tipos con buena pilcha jugaban a las cartas alrededor de una mesa redonda. Todos fumaban mientras espiaban sus naipes con cuidado –contaba Angelito y nosotros lo escuchábamos en silencio mientras la madrugada se escurría.

Pedí una gaseosa en la barra porque el alcohol era para los borrachos –continuó el relato ya sin lágrimas en los ojos –y durante más de una hora observé detenidamente hasta comprender la lógica del juego y el sistema de apuestas. Entonces volví a pedir una gaseosa y le dije al Gallego:

–Quiero jugar.

–A las bolitas vas a jugar pibe –dice que le respondió el Gallego.

–Tengo plata y dieciocho años, me tiene que dejar jugar –dice que le dijo Angelito mirándolo a los ojos.

Los teléfonos volvieron a sonar a buen ritmo en la agencia y todos salieron de inmediato con sus viajes. Angelito me miró con sus ojos irritados y me dijo: No te vayas que queda lo mejor.

Los fui eliminando uno por uno como moscas –me dijo mientras fumaba un cigarro –hasta que quedó el más viejo de todos. Un estanciero de Los Hornos, que usaba sombrero blanco y anillos de oro. Yo tenía un juego bárbaro entre manos; levantaba la apuesta, el viejo igualaba y pedía más, pero yo no me achiqué. Le aposté el *Rolex* de oro que me había regalado mi abuelo, y él puso los papeles de su estancia sobre la mesa, con el Gallego como testigo para que nadie se pasara de vivo. Le gané la estancia, y me quedé con la escritura de quinientas hectáreas en una manito de póker.

Una vez en viaje me olvide del Rayo. A buena velocidad llevaba pendejos extasiados por diagonal 74. Las más escandalosas eran las mujeres, les gustaba divertirse en serio. Un reguetón saturaba en un celular piola y ellas lo cantaban eufóricas. Habían bebido tanto que ba-

jaron del auto tambaleando y se perdieron en la multitud que esperaba para entrar al boliche. En la calle la madrugada del jueves comenzaba a picarse por la radio. Antes de reportarme libre estacioné sobre Plaza España y bajé a fumar unas secas de esas flores maravillosas de Baíto Gómez. Afuera el viento gélido arrasaba con las hojas secas y la humareda del choripanero de la esquina viajaba entre las luminarias de la avenida. De repente, la jornada se volvía más placentera mientras en la radio sonaba una de las nuevas canciones de *Pérez*.

La operadora me pasó un viaje en el centro. Abrigados hasta los dientes, los pasajeros esperaban afuera entre una veintena de personas de negro que conversaban en la vereda. Era un matrimonio mayor, de los más longevos del barrio de la remisería; el hombre, con un traje elegante se dirigió al asiento del acompañante con destreza, a pesar que ya no contaba con su pierna izquierda; la mujer, ungida en un perfume floral de esos que saturan el aire, se ubicó atrás. Volvimos a buena velocidad por diagonal 80, resguardados por los semáforos alineados como un túnel de luces verdes. Mientras la señora, desde los asientos traseros, hablaba de la nieve, el hombre a mi lado se fascinaba por la continuidad de los semáforos y yo subía el volumen de la radio para que los *Radiohead* se encargaran de inundarlo todo con su *Paranoid Android*.

Una vez en la agencia, me sumé a los dos choferes que escuchaban atentamente el monólogo del Rayo, que hizo una pausa profunda y continuó: Eso no es nada, viene lo mejor.

Antes de llegar con el tren a Lonyam, el prisionero me pidió de ir al baño –dijo El Rayo y encendió un cigarrillo –le dije que lo iba a acompañar hasta la puerta y que hiciera todo lo que necesitaba porque no lo iba a dejar la próxima. Caminamos el vagón, imagínate el Roca hora pico como venía; yo iba un metro por detrás y no le quitaba el ojo de encima. Se detuvo frente a la puerta del baño y sin voltearse me dijo: necesito las manos libres, oficial. Antes de quitarle los ganchos le dije al oído: cualquier gilada te mando el cargador completo, entendiste. Entró al baño y estuvo un buen rato, el tren estaba llegando a la estación cuando escuché: voy a salir oficial. Le dije que no se hiciera el boludo, que lo estaba apuntando. Cuando la puerta se abría, no sé qué carajo pasó, si el tren frenó de golpe o descarriló, pero cuando quería acordar tenía al prisionero encima.

Rodamos por el suelo entre los gritos de la gente y el arma voló para cualquier lado; entonces me metió un gancho en los riñones, lo solté y corrió hasta la puerta del convoy...

–Hay fiesta en 7 y 50, hay zorros por todos lados y paran

cualquier cosa –interrumpió en el mejor momento Yuyo Suárez entrando a la agencia.

–Shhh –chistamos todos –escuchate esta de Angelito–exclamó el Ñoqui Santana agitando ambas manos.

–Pero ma si, ojala los agarren los zorros y se los lleven a todos, a los truchos y a los buscas como vos –contestó Yuyo y desapareció por la puerta.

–Seguí Rayo. Estabas en el suelo forcejeando y el arma había volado por ahí –introdujo el Ñoqui algo histriónico.

El arma la había agarrado el prisionero –corrigió Angelito y pitó el cigarrillo –todos gritaban en el vagón. Cuando intentaba pararse me lancé sobre su cintura de un solo movimiento, con tanta fuerza que lo arrastré y nos fuimos por la puerta. El prisionero quedó colgado del convoy y yo me aferré a su pierna. El roce con el suelo me destruyó la rodilla izquierda, pero no lo solté –dijo mientras lo mirábamos incrédulos. Entonces se arremangó el jean mugriento hasta dejar al descubierto la rodilla deformada por las cicatrices que la cruzaban en diagonal–.

Antes de salir con el último viaje de la noche, observé que Ángel volvía a lagrimear, sentado en el sillón incómodo, con la ropa que llevaba varios días encima, el rostro sudoroso por la calle y el vino. Esperaba que el tiempo pasara, que se hicieran las seis de la mañana para tomar su turno y matar el tiempo mientras manejaba.

Pasajeros a quien contarles sus historias, alguien que lo volviera a escuchar.

–Si eras oficial Angelito.

–Momentito –me interrumpió y me miró a los ojos – Subteniente.

–Si eras Subteniente ¿Qué pasó?

–En la época de los milicos, todos metíamos picana a los subversivos, eran terroristas. Pero nunca me banqué las injusticias y cuando empezaron a picanear a cualquiera, a los pibes, a los laburantes, a los giles como nosotros dejé la fuerza para siempre –dijo y agachó la cabeza, tumbado en el sillón desvencijado de la agencia mientras dejaba pasar otra hora muerta.

Primavera

A Rogelio Javier Amondarain

Sobre un lavarropa de tambor arruinado, se apelmataba una tabla que llevaba once años y medio como mesa provisoria de la agencia de remises. La sala para choferes tenía dos metros cuadrados, paredes amarillas arañadas por mil ratones y ninguna ventilación a la vista. Una de las paredes laterales exhibía una fotografía enmarcada que congelaba la victoria de Orlando Justo Céspedes en el Gran Premio Regatón de 1975. Enfrente, había dos sillones desvencijados y mugrientos; en el individual descansaba la Leona, la perra color batata de la agencia; sentado en el sofá, el Sordo con la frente arrugada hacía números en una planilla. A su lado, con la

mirada sumergida en la pantalla del televisor, pensaba en sus épocas doradas el “Gran Jockey de El Dique”, Orlando Justo Céspedes.

–¡Pero que olor a mierda, che! –exclamó Céspedes con su voz rasposa, como si tuviera la garganta forrada de aserrín –¿La Leona se tiró un pedo?

–¡GLOARRRRRR! –eructó como un rinoceronte Gonzáles, un flaco con cara de condorito que vestía la última moda Indie-Paraguaya, a pesar de sus sesenta años – Disculpe Céspedes, pero acabo de morfarme un choripán alegre del bosque.

–¿Y tomaste una gaseosa de chimi churri, hijo de puta? –le replicó Céspedes mirándolo a los ojos, incorporado en su metro cincuenta, midiéndolo como para calzarle un *cross* a la mandíbula y desparramarlo en el suelo.

–Gaseosa *Light*, viejo cabrón. Por culpa de los gordos chotos uno tiene que tomar ese jarabe con edulcorante –dijo y encendió un *Jockey*.

–A ver dame una de esas mierdas que fumás vos –dijo Céspedes, volviendo a tomar asiento en el sillón descascarado.

–Son Jockey Club, viejo puto. ¿Cuándo te vas a comprar puchos?

–¡Jockey Club...! ¡Jockey Club! –Balbuceó ronco y salió a la calle.

Gonzáles buscó una película en el cable: fútbol de la B, fútbol de España, tenis, película de Sandrini, Rambo en *space*, la segunda versión de la saga.

–Este muchacho te salva la siesta –dijo y luego de sacudirle un cachetazo a la Leona, se desparramó en el sillón individual. Tres minutos después entró Montoya, un rubión de canas avanzadas y una mirada celosa en sus ojos claros.

–Pará de rascarte la gallina, viejo puto –Denunció a Gonzáles con su voz aguda.

–Llegaste justo, te la estaba preparando –respondió el viejo y se refregó sin apuro –Me enteré lo de tu pibe ¡Qué cagada che!

–Y la piba lo quiere tener...

–¡Será de Dios! La muy puta te calienta al pibe y después no se lo quiere sacar –dijo Gonzáles ofuscado.

–Yo le dije “ponete forro”, pero es un boludo, cagarse la vida tan pendejo.

–Yo si soy el padre de la guacha, con una percha se lo arranco.

Los teléfonos sonaron del otro lado de la pared descascarada. Bocha Sanguinetti, el uruguayo de voz gruesa, los despachó con toda la eficacia y el respeto que un buen muchacho pudiera aprender en su casa. Sin embargo, llevaba varios días sin bañarse y cuando el sol de la sies-

ta insistía sobre el frente de la agencia, un hedor húmedo se expandía como mancha en el riachuelo.

–Móvil Dieciséis –gritó Bocha tras la pared con una voz que podría haber sido de locutor de radio Nacional –531 y 126, numeral 54.

–Sordo –dijo Gonzáles en vano –¡Miguel! –le gritó cerca del oído y el Sordo, que continuaba haciendo cuentas en un papel, lo miró sin entender. En silencio se dirigió hacia la sala delantera; tenía las pupilas opacas, el entrecejo fruncido y una fija en la frente. Mientras atravesaba la cortina de filamentos de hule, Montoya le dio una palmada acompañada por un ¡Dale viejo sordo!

–¿Es de guerra? –preguntó después mirando la pantalla del 21 pulgadas colgado en la pared.

–Es la de rambo, no sabés la cantidad de negritos que se cargó, un espectáculo.

–Ahhh. Esta era Rambo tres, me acuerdo porque la vi en el cine.

–Rambo dos, pelotudo. Qué lindo tener una de esas y voltear negritos. Prrrrrrrrr ¡Piquetes! Prrrrrrrrr –exclamó González mordiéndose el labio inferior, con los puños sosteniendo aire a la altura del pecho.

–Gonzáles. La verdulera de 125 y 36 –dijo Bocha y retumbó en la totalidad de los cuatro metros cuadrados.

—¡Esa bolita con olor a choclo! Qué te digo, prrrrrr —dijo resignado, encendió un cigarro y salió.

Afuera hacía frío y el cielo estaba cubierto de nubes negras. Las plantas en los canteros parecían fluorescentes, como expectantes del primer aguacero de la primavera. “Siete pesos” cantó Enrique al Bocha apenas ingresó a la agencia. “Siete”, repitió el Bocha y lo anotó en el cuaderno espiralado. Enrique encendió el calentador y colocó la pava sobre el fuego. Enjuagó el mate de madera y le echó una pizca de azúcar. Empinó el paquete de Cruz Malta hasta alcanzar el cuello, y lo agitó como si fuera una coctelera, tapando la boca con la palma izquierda. Retiró la mano que cubría la boca y lo sopló dos veces; el olor del polvillo en el aire le recordó las tardes de Casares. Entonces volvió a echarle azúcar, hasta formar un montículo blanco que apenas dejaba entrever el verde de la yerba.

—¡Que hermosas las tardes nubladas, tomando mate en Casares! —dijo Enrique y chupó el mate —El olor de la tierra mojada.

—Tierra mojada ¿No olés las napas al borde? Dos gotas y rebalsa todo.

Enrique lo miró a los ojos y asintió con la cabeza. Siguió pensando en Casares, en algunas de las mejores tardes nubladas, en la casa del pueblo o aquellas en el

campo de los Cofré con la Viqui, mirando la lluvia y jugando a la payana bajo el alero.

–¿Cómo estará la Viqui no? –se preguntó en voz alta.

–Che gordo –le dijo Montoya y Enrique lo miró como extraviado, pensativo ¿Nos vemos una peli? concluyó y por unos segundos Enrique permaneció absorto, intentando descifrar la pantalla.

–¡Poné fútbol, boludo! –le dijo extendiendo sus manos como reclamándole al juez del partido.

–¿Quién está jugando? –preguntó Montoya mientras Enrique bajaba la grilla a velocidad zapping.

–No sé, pará... Temperley-El Porvenir, lindo partido para ver... Gana el Porve uno a cero...

–¿Nacional B?

–B Metro, este es un clásico del ascenso, se matan –agregó Enrique y cebó otro mate –Todavía está frío, carajo. Tiene tres días y ya es una baba esta garrafa.

–Si el Bocha la usa como estufa para calentarse las pelotas ¿Temperley es el negro y blanco, no?

–Claro por eso le dicen el celeste, boludo...

–¡Boludo sos vos que llenás la pava, no la vas a calentar nunca, paisano –dijo Montoya y salió afuera.

En la vereda, la resolana le achinaba los ojos; un ovejero de la calle olfateaba entusiasmado a la Leona, que se dejaba, entre tranquila y adormecida; Céspedes hablaba

apoyado sobre un *Peugeot 504* y el Bocha lo miraba a los ojos sin entenderlo, cada tanto asentía acompañando el movimiento con una decena de tics. Montoya contempló la oscuridad del cielo y se metió en la conversación.

—¿Parece que va a llover nomás no? —El Bocha balbuceó una respuesta indescifrable. Céspedes le cruzó un brazo por el hombro y con el otro extendido hacia arriba, señaló la parte superior del frente de la agencia.

—Olvidate de la lluvia; imaginate pintura negra, dos manos, letras prolijas en el centro —le dijo Céspedes y se lo dibujo en el aire a escala, sobre la pared del fondo

—¿Cómo lo ves?

—¿Primavera? —intentó adivinar Montoya.

—¡Primavera!

Los impuntuales #5

La moza nos trajo los capuchinos y no volvió a dirigirse a nosotros hasta que pagamos la cuenta. Daba gusto observar la avenida Siete a través de los ventanales del *Café Nash*. Era un lugar limpio, con una barra tradicional como de película yanqui y una marquesina que ostentaba whisky escocés de distintas calidades, discriminando con justeza los plagios nacionales. Sobre uno de los muros había dos retratos enmarcados: uno de *Chivas Regals* y otro de Frank Sinatra.

De *La Voz* sólo la fotografía, porque la música era horrrorosa. Sobre una pantalla que ocupaba casi el total de la pared, proyectaban videos de reggaeton como si estu-

vieran bombardeando Bagdad. Luego cambiaron a Celine Dion, Luis Miguel, Whitney Houston. Me erizaba la piel pensar que había gente que vibraba con ese estilo de cantantes. Traté de pensar en los buenos solistas y Johnny Cash acudió a mi mente.

De repente apareció en la pantalla Ray Charles y su piano blanco. Sonreímos. Nos sentíamos muy a gusto en el *café Nash*. El capuchino estaba delicioso, la canela mixturada con el chocolate suavizaban el café. Cada sorbo era acompañado por un trozo de alfajor que habíamos comprado afuera.

Me detuve en las palomas picoteando confiadas en la vereda hasta que algo las asustaba y levantaban vuelo.

Fedra era principalmente hermosa cuando sonreía y cuando hablaba también. Era más inteligente que yo. Nos conocimos en un bar de universitarios y nos magnetizó la energía. Jamás me sentí tan protegido por una mujer como aquella noche en su cama del barrio Mondongo cuando nos dormimos abrazados y completamente ebrios. Al día siguiente fui a una fiesta con amigos en una quinta de las afueras de la ciudad. Con Sebita fumamos placenteramente de una pipa mientras debatíamos la juventud que nos corría en las venas, reíamos a carcajadas y nos sentíamos encantados. El amanecer me encontraría caminando las calles del Mondongo, en

busca de Fedra, que dormía cobijada desde hacía un par de horas.

Habían pasado los días claro, más de mil y seguíamos amándonos. Ella, me observaba silenciosa y pensativa, mientras bebía su capuchino al otro lado de la mesa. Pedimos la cuenta y nos preparamos para volver a casa.

Había días en que la felicidad se presentaba tan posible, que daba miedo intentar alcanzarla y que levantara vuelo como una bandada de palomas.

El mejor vacío de la ciudad

A Juan Bautista Duizeide

En un *Corsa 0* regresaba de un viaje al Cementerio Jesús Messi, con los ojos acuosos y un cigarrillo en la boca, mientras observaba el bulevar sembrado de coches hundidos. En voz alta los nombraba por su marca y a través de la patente los fechaba: *Audi* 2012, matate; *Sienita* 2006, que hermoso; *Duna* 1995, ya no daba más; *Polo* 2000, como el mío pero impecable; *Mercedes* 2009, que pecado Dios.

Manejaba con la ventanilla baja porque el patrón le había pedido que no fumara adentro, ya que el humo le quitaba el olor a nuevo, y él se consideraba un tipo que conocía el oficio. En Rosario había tenido taxis y remises

durante más de veinte años. Había lidiado con tantos choferes en su vida que no quería volverse un problema para su nuevo patrón. Tampoco pensaba dejar de fumar cuarenta y ocho horas después del temporal del feriado de la guerra. Jamás había visto tanta furia concentrada. Las imágenes le volvían todo el tiempo mientras manejaba. Cada tanto se olvidaba, se distraía con un tema romántico en la radio, pero enseguida se cruzaba con algo que le hacía revivir esa noche. Aquella mañana había empezado lluviosa y para la siesta era un diluvio certero. Dormía abrazado a su mujer y a su hija, hasta que se despabiló por los gotones que golpeaban como trompadas en la chapa. Encendió un cigarrillo desde la cama y se levantó preocupado por el auto; a pesar que el agua cubría la calzada, el *Polo* 2000 estaba resguardado tras las rejas. Se lamentó por el *Fiesta* 0 del vecino que había quedado en la calle. Preparó unos mates dulces y fue a despertar a su mujer. Con María Inés Montiel se habían conocido por chat cuando ya ninguno creía en el amor. Eso generó una confianza tal en las conversaciones diarias, que se volvió amor inconsciente del más puro. Un año más tarde Jesús Messi vendió lo que tenía en Rosario, compró regalado el *Polo* 2000 a los gitanos y se casaron en La Plata sin decirle nada a nadie. Afuera la lluvia era una balacera plateada. María terminaba la segunda ronda de

mates cuando el agua marrón comenzó a colarse por debajo de la puerta. Se miraron incrédulos sin reaccionar. El frío del agua ya pinchaba sus pies cuando intentaron frenarla con toallones, frazadas, mantas cualquier cosa que sirviera de compuerta. Pero no mermaba, entraba furiosa por las hendidias de la pared y se acumulaba a la altura de los tobillos.

Jesús pensó en la alfombra del cuarto, en los zapatos nuevos, en los muebles, en lo que había debajo de la cama, en el *sommier*, en el motor del lavarropa, en la heladera, en los enchufes más bajos. Entonces cortó la luz. María pensó en la máquina de coser, en la computadora, en los moldes de papel, en la cámara, en la vajilla, en Rosario que lloraba desde la cuna. Entonces colocó lo más valioso sobre los techos de los muebles y cuando el agua le tapaba las rodillas dijo:

—¡Jesús nos tenemos que ir a la mierda!

—¿A dónde carajo vamos a ir?

—Arriba Jesús, a los departamentos de arriba.

—¿Pero y las cosas? Con la nena nos vamos a cagar mojando.

—¡No entendés, pelotudo! ¡Acá nos vamos a cagar ahogando!

Los semáforos de Parque Castelli estaban tan ciegos como la oscuridad que ocultaba las copas de los árboles. El gruñido de su estómago rompió el silencio que reinaba. Necesitaba encontrar un lugar donde comer, antes de que se le bajara la presión. Calculó su porcentaje de la recaudación. ¡La concha de Dios! Llevaba doce horas manejando y todavía no llegaba a los cien pesos. Además de llenador necesitaba un menú que fuera económico. Recordó que Ricky Richard siempre insistía con “El Chaperío”: “el mejor vacío de la ciudad”, repetía como slogan. Quedaba en la triple frontera sobre la avenida 122, justo delante del barrio peruano. Ese que para Jesús Messi era tan parecido al barrio Las Flores de Rosario —donde un balazo repentino le voló la mitad de la dentadura — que le daba escalofríos. Pero después del feriado de la guerra, algunas fobias habían dejado el lugar a otras.

Rodeó el parque arrasado: árboles tirados, arbustos aplastados; un patrullero permanecía arriba de un cantero, los vecinos entraban sus muebles que habían secado en la vereda. El olor agrio que flotaba en el aire estrujaba las tripas. Chequeó su cara en el espejo retrovisor, vio sus ojos irritados y unas ojeras que parecían esculpidas.

Dobló por la diagonal hasta Sesenta y encaró para “El Chaperío” a buena velocidad. A medida que aceleraba, las imágenes del feriado lo invadían sin poder evitarlo.

Hombres que gritaban por ayuda, mujeres que suplicaban a Dios, los niños que lloraban. Una vez arriba, en los departamentos, resguardado del río de dos metros que bajaba furioso por la calle, sintió un calor similar a la vergüenza. Rosario lloraba en los brazos de María, mientras los vecinos le ofrecían mate bien caliente, ropa seca y él observaba desde la ventana, como el *Polo* 2000 que había sido su herramienta de trabajo, desaparecía bajo el agua mugrienta.

Detrás del mostrador, un hombre bajo y morocho levantó la mano mientras Jesús Messi golpeaba las palmas. Los separaban veinte metros de césped prolijo y bien iluminado. Buscó la marca del agua en las paredes laterales y cuando volvió la vista, el hombre avanzaba con el agua a la cintura. Mientras intentaba destrabar el candado del portón, Jesús Messi lo observaba paralizado, sin conseguir advertirle que no abriera, que la correntada entraría con tal violencia que arrasaría con lo que encontrara. Que él mismo había ido a parar al suelo con su nena en brazos cuando María abrió la puerta del frente para evacuar. Pero no le salían las palabras: estaba vacío.

–¿Va a pasar? –Messi lo miró confundido, el agua había desaparecido y el hambre le estaba jugando una mala pasada.

–¿Hay vacío?

–¡Cómo no va a haber vacío! Cierro con llave por los saqueos.

Se acodó en la barra y trató de no volver a pensar en eso. El puesto había sido remodelado la semana pasada; antes era un rancho de chapas amontonadas con la fama de servir el mejor vacío de la ciudad. Ahora, el machimbre recién barnizado brillaba; la carpeta del suelo permanecía uniforme y sin marcas; en la parrilla chillaba un pollo y las moscas revoloteaban cerca. El hombre cortó algunas rodajas de un vacío empezado y las acomodó en el sector más cercano al fuego. Con una pala ancha, juntó brasa y la fue esparciendo por debajo de las rodajas. El aroma del vacío lo puso de buen humor. Un día ese olor agrio, fétido que había dejado la inundación desaparecería en su recuerdo.

–¿Para tomar? –preguntó el hombre detrás de la barra y mientras Messi calculaba los precios de las gaseosas, y los cotejaba con la plata que tenía y con la que necesitaba para reparar el *Polo* 2000, alguien contestó por él:

–Ponele un vaso de vino, Pablo, yo invito –dijo el hombre morrudo acodado al otro lado de la barra. Tenía los ojos

cansados, una cicatriz que le cortaba la barba y una campera gastada de la UOCRA –Todos me conocen como Manija –se presentó.

–Gracias por el vino. Me llamo Jesús –dijo mirándolo a los ojos. Hasta hace unos años se presentaba por su apellido, pero luego se tornó algo insoportable explicar que no era pariente.

–¿Vos también te inundaste, Jesús? –Al escuchar la palabra, el agua empezó a brotar de cualquier lado hasta cubrir sus rodillas - Acá atrás en el Cabezas ¿Conocés? Tuvimos el agua por arriba de los techos. Yo tengo dos pisos y zafé bastante, pero la mayoría perdió todo. Arriba de los techos les llegaba a las rodillas. Todos laburantes, amigo. Culo pa arriba quedaron, ¿y sabés quién fue el único que nos dio una mano en todos estos días?

–¿Quién? –preguntó Jesús y pensó –éste no se pondrá a hacer campaña ahora.

–¡El Pata! –exclamó y cuando levantó las manos, una fina pulsera de oro se deslizó por su muñeca.

–¿El de la UOCRA? –preguntó con su mejor cara de pelotudo.

–¿Dónde vivís, cabezón? El único, el más grande, lo banco a muerte.

–Es que yo soy de Rosario –se justificó como si cambiara algo; no estaba de ánimo para hablar bien de nadie, menos de un político.

—¿Sabés lo que nos dio el delegado municipal?

—¿Qué? —preguntó Jesús mientras lo seguía con la mirada a Pablo, que terminaba de armar el sandwich.

—¡Nada! ¡Nada! Y eso no es lo peor, amigo. Cuando fuimos hasta su casa a pedirle una mano, algo que nos sacara el agua del barrio al menos, nos chamuyaba de atrás de la ventana. Pero a nosotros ya no nos caga más y nos quedamos ahí. Le golpeábamos las ventanas y las puertas pidiendo que salga.

—¿Y salió?

—Lo matábamos si salía. Cuando llegó la policía nos gritó: “negros de mierda, se hubieran ahogado todos”

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Pablo detrás de la barra.

—Muy hijo de puta —acompañó Jesús.

—¡Recontra hijo de mil putas! —levantó la apuesta Manija y se bajó el vaso de vino de un trago. —Me voy a la mierda, esto me pone mal, nos vemos compañero.

Jesús Messi apretó el vacío con ambas manos y el jugo rojizo se derramó sobre el plato descartable. El aroma revelaba la calidad del animal y eso era un buen augurio. Al fin presentó batalla contra el hambre y arrancó casi la mitad de un mordiscón. Masticó el vacío con paciencia, degustando cada uno de sus sabores y se sintió vivo por primera vez desde el feriado. Pablo apareció nuevamente detrás de la barra y en el momento en que Jesús Messi

pensaba decirle que su vacío no tenía comparación, él otro se anticipó ofuscado:

—Este peruano de mierda que viene a hacer política del Pata —le dijo a Messi que empinaba el vaso de vino hasta la última gota —Se hubieran ahogado todos.

—Son negros ¿Qué querés? Allá en Rosario no hay tantos como acá, pero quédate tranquilo que manejan toda la falopa.

Los impuntuales #6

Esa noche volvimos caminando por la playa. El golfo sereno apenas se escuchaba mientras caminábamos por la arena tomados de la mano. Enfrente, tras los médanos altos como un cerro, la luna llena iluminaba la costa. Llegamos al campamento y Fedra se acostó exhausta. Encendí la música y prendí un cigarrillo; en la mochila tenía dos porrones que comenzaban a perder el frescor.

El Pelado Datchje apareció con su mujer, Cecilia, mientras acababa el segundo. Caminamos hasta la Piedra Guacha con la mochila cargada. La marea estaba bien baja y el reflejo de la luna nos permitía adivinar los pozos con agua sobre la restinga. Nos sentamos algo alejados

de la rompiente y bebimos cerveza con el Pelado Datchje y su mujer Cecilia. Ella llevaba engarzado en su trenza un diente negro que destellaba cuando movía la cabeza.

Estuvimos un largo rato sin hablar mientras mirábamos la luna que estaba tan cerca que asustaba. Entonces me pareció ver que la luna comenzaba a moverse, pero permanecí callado por discreción. Los tres permanecimos en silencio observando como la luna se ocultaba entre los médanos con suavidad. Hasta que desapareció por completo y todo se llenó de oscuridad y el cielo vislumbró miles de estrellas. Fue un regalo maravilloso que nos hizo temblar la lengua.

Al rato los dejé solos, se reían a carcajadas y se arrojaban por los médanos como niños. Aquella noche regresé caminando por la playa. Estaba oscuro y la marea había subido. Sentía un deseo enorme de abrazar a Fedra.

No corras cuando te atrapen

Al Tano Pagliettini

Marco Gabán fumaba solo en la playa, acompañado por el eco del viento entre las rocas, mientras contemplaba la luna llena nacer desde del mar. Era una agradable noche de enero en San Antonio, mediaba la temporada y en el centro los turistas avanzaban como sudestada sobre la ribera. La luna trepaba paulatina y a medida que ganaba altura, iluminaba un sendero sobre el agua; Marco Gabán encendió otro cigarro y echó una mirada inútil, intentando distinguir algo en la oscuridad. Resignado tomó una piedra del suelo y la arrojó con fuerza hacia la marea crecida; las luces rojas de los pesqueros se recortaban nítidas sobre el telón del horizonte. Una

vez arriba, la luna se reflejó en la arena e iluminó ligeramente la playa. Desde la oscuridad, surgió la figura de Italo Teppa, exudando convicción. Con el menudo cuerpo hacia adelante surcaba rápidamente la arena blanda, con un cigarrillo en la boca y empuñando el cuello transpirado de una botella de cerveza.

—¡Llego tarde, parece!—jadeó mientras tendía su mano hacia Marco Gabán y observaba la luna alejarse.

—Apenas unos minutos, hermano. —Respondió estrechando su mano con firmeza —Y la encontrabas adentro del agua.

—Se me escapó esta vez —destapó la botella —pero no todos corren la misma suerte esta noche, hermano.

—¿Por qué lo decís, Talí? —y Marco bebió un buen trago de la botella.

—Lo digo por Estela, por eso te pedí que vinieras.

—¿Lo encontraste?

—¡Lo encontramos! Soy un simple colaborador. Sabés bien el cariño que tenía por Estela.

—¡Pobre Estela! No tendría que haberse ido a vivir a La Plata. ¿Cómo se enamoró de ese hijo de puta? —gritó furioso y estrujó la arena.

—Tranquilo, tomá un trago. Va a pagar, va a pagar. Va a tener lo que se merece.

—¡Gracias Tali, loco siempre serás mi hermano! —Marco Gabán lo estrechó en un abrazo.

–Dejemos el sentimentalismo de lado, hay que salir de viaje.

–¿Está muy lejos?

–¡Ni que lo hubiéramos soñado! –dijo y volvió a beber –
Acá nomás en la península.

–¡Hijo de puta! ¿Sabemos algo más?

–Algo. Es cuatrero. Tomá queda un trago –y Tali le ofreció la botella.

–No es necesario que sigas con este asunto, a partir de ahora puedo hacerlo solo.

–Olvidate; ya compré los pasajes, salimos en la mañana hacia Madryn.

–Es una noche fabulosa ¿No te parece?

–Claro, lástima que me perdí la salida de la luna.

–Estuvo buenísima y la cerveza también ¿Por qué trajiste una sola?

–Mañana será un gran día, Marco. Tenemos que estar bien descansados.

Tumbado sobre un colchón de hojas secas en el patio de su infancia, miraba a un hornero trabajar su nido, cuando el olor de la grasa caliente de las tortas fritas lo cautivó. Se dirigió a la cocina saltando sobre el pasto y pudo ver a su madre que freía concentrada en la sartén; a su lado Estela todavía niña, estiraba los bollos con el palote y sonreía con la mirada perdida. Marco Gabán in-

tentó tomar una torta frita de la canasta pero su madre no lo dejó. Ya se volvía ofuscado al patio, cuando Estela extrajo una debajo del repasador y se la ofreció.

Le costó comprender donde se encontraba cuando despertó justo a la entrada de península. El sol invadía el interior del ómnibus cegando a los pasajeros. En el asiento contiguo, una mujer leía *Los impuntuales* y en cada vuelta de página lo rozaba con su brazo macizo y áspero. Cuando se le aclaró la vista pudo observar a través de los cristales sucios, como el desierto patagónico se extendía hasta desaparecer de repente en las aguas azules y serenas del golfo.

El colectivo se detuvo y un guarda fauna subió a cobrar la entrada al área natural protegida. Sentado en uno de los primeros asientos, Ítalo Teppa abonó cordial, luego se volvió y fijó la mirada en Marco Gabán. Este buscó en su billetera y pagó como cualquier turista. Recostó la cabeza e intentó retomar el sueño. Mientras el colectivo aparcaba en la intersección de la Primera Bajada y la Avenida de las Ballenas, volvió a despertar.

El sol abrasaba el pueblo donde la sombra misma corría riesgo de extinción. En la Primera Bajada, un puñado de

gringos se divertía observando regionales detrás de una vidriera; Fedra, calzada en un traje de *neoprene*, se presentaba ante un contingente que había pagado unos buenos billetes por un avistaje de ballenas; en frente, dos niños que parecían gemelos almorzaban junto a sus padres en “Los Cetáceos” y Ceci los atendía con su mejor sonrisa.

Alexis Macomber pasó saludando con su kayak. Se alegraba de que la marea estuviera crecida y el viento norte lo aplacara todo. Una vez en el agua, el kayak ganó velocidad en poco tiempo. Paleaba a diestra, siniestra, y corregía cuando era necesario. Algunos minutos más tarde aminoró la marcha y al virar se mantuvo unos instantes frente a la panorámica de la costa.

Desde la restinga, Miller lo observaba con fastidio, sentado en cuclillas, mientras mascaba chicle a desgano y golpeaba sus dedos una y otra vez.

—¿Miller, hacemos unos clavaditos? —le grito Sanjua a escasos metros.

—Si intentás unos de tus mejores saltos, después me tiro yo —lo desafió Miller y dibujó una estrecha sonrisa.

Nadie recordaba su verdadero nombre, sin embargo todos conocían al Sanjua en la península. Había llegado por casualidad, con un billete de cincuenta en el bolsillo; tenía el cuello de un rottweiler, los brazos de piedra y los veinte años recién estrenados. Una noche de diciembre,

en la que había tomado algo más que todos los días, un paisano lo buscó en el bar para llevarlo a la calle. No era buen augurio enfrentarse a un nativo del pueblo, pero la madrugada estaba muy avanzada para que lo entendiera. Terminó por bajar a mazazos a cuatro de ellos hasta que lograron llevárselo.

El sol acentuaba el inminente dolor de cabeza que le nacía detrás de la frente. Desde el acantilado podía ver el fondo límpido y algunas piedras sumergidas por la pleamar. El agua transparente del golfo era una tentación irresistible y que extrañaba tanto durante los gélidos días del invierno. El Sanjua se refregó los ojos como si acabara de despertar y se deshizo de las gafas y la musculosa. Inició una carrera corta de veinte metros a máxima velocidad, llevaba la mirada perdida en el océano; observó el suelo cinco pasos antes de la cornisa y se impulsó hacia arriba como un Pucará malvinense. En el aire se suspendió unos segundos, daba la sensación que cada uno de los músculos trabajaban a la perfección. Sintió el viento en el pecho y luego se dejó atrapar por la mágica atracción de la gravedad. Se sumergió en la tranquilidad del golfo como si lo estuvieran esperando y apareció luego de un instante media cuadra adentro del mar.

–¡Vamos quiero verte! –le gritó desde el agua ni bien emergió.

–Olvidate gil –respondió Miller sin que pudiera escucharlo y se incorporó con desgano.

–¡Ey no te vayas! ¡Sos un cagón, Miller! –gritaba cercano a la orilla mientras observaba como el otro se alejaba.

–Seré cagón, sanjuanino bruto –respondió mientras desaparecía a paso lento a través de la restinga.

A pesar del sol intenso que tostaba la arena, la playa estaba colmada de turistas. La marea arrinconaba contra el tamarisco a quienes rehusaban las virtudes del agua fresca y cristalina. Los chicos y las chicas en ronda, fumaban y bebían fernet en jarras improvisadas; bajo una sombrilla tricolor resguardaban la conservadora rellena de hielo, las botellas de *Branca* y las *Coca* familiares. El más desgarrado tocaba entusiasmado la guitarra y las chicas eufóricas cantaban los estribillos; durante las estrofas reían y volvían a beber sus tragos.

Miller atravesaba la playa a paso ligero, hastiado de todos los turistas. A la altura del primer pasaje al camping, dos niños armaban montañitas inconsistentes y volvían a intentarlo ante cada derrumbe; sus madres los vigilaban desde las reposeras con el pareo sobre los hombros y abundante crema en el rostro. Una de ellas se incorporó exaltada y gritó a uno de los niños “¡Emmanuel!” El pequeño abandonó los rulos de la niña y estalló en un berrinche estridente, que atravesó la frente de Miller

como un cuchillo. Cerró los ojos y para que el destello de dolor se evaporara pensó en Estela. Lo invadió un deseo enorme de abrazar a Estela. Cuando volvió a abrir los ojos se sorprendió de estar tan cerca del pasaje. Los músculos se le endurecían al subir el médano y casi por costumbre echó un vistazo hacia atrás antes de abandonar la playa. La arena dorada casi había desaparecido debajo del golfo turquesa.

Las calles interiores del camping estaban desbordadas de automóviles y camionetas. Tomó un atajo por el Barrio Chino, la zona con más vegetación donde acampaban los habitúes. Una vez en el Barrio de las Casillas, el sector más árido donde se alojaban los trabajadores de la temporada, saludó a Ale Truchero que bebía un licuado de frutas y a Tato Mero que fumaba recostado en una reposera. El sol platinaba la tierra y el tamarisco ofrecía sombra a cuentagotas. Se palpaba en el aire el festival de la siesta en plenitud. La quietud era algo permitido entre los lugareños. Se detuvo ante una casilla blanca y golpeó tres veces a la puerta.

—Pasá —gritó una voz de mujer desde el interior de la casilla.

Una nube espesa de humo se liberó por la puerta y a pesar de la oscuridad pudo verla al otro lado de la mesa. Fumaba con entusiasmo y bebía cerveza de un vaso metálico.

Llevaba una bikini que resaltaba sus virtudes y tenía el cabello tan revuelto que parecía provocado.

—Deberías abrir un poco más las ventanas ¿No te parece?

—dijo Miller encorvado para no golpear su cabeza con el techo de la casilla.

—¡Perdón! ¿Dormimos juntos? Dame un beso, maleducado —le dijo y frunció sus labios. Él la besó ligeramente.

—Yo no soy tu novio para darte besos.

—¿Por cierto lo viste? —preguntó ella.

—Creo que está bien lejos con su kayak; y nosotros...

—Estoy cansada, me duele la cabeza y todo eso ¿Dale? ¿Contá cómo te fue en la panadería?

La arrinconó contra el respaldo y volvió a besarla con toda su boca predispuesta. Ella se dejó llevar, Miller era uno de esos hombres demasiado bruto para novio, pero encantador en las sombras. Sin demasiado entusiasmo ella bajo y desapareció la verga dentro de su boca. Miller alcanzó a cerrar la puerta de una patada y todo se ennegreció, mientras ella desplegaba su magia volviendo contundente el argumento esencial de cualquier hombre.

El dolor de cabeza empezaba a desaparecer. Un cosquilleo agradable le nacía en la boca del estómago y en franco ascenso lo recorría por completo. Cerró los ojos y empezó por relajar los músculos. Ella se deslizaba con la boca como si fuera un tobogán y Miller por momentos

entreabría los ojos y observaba su rubia cabellera revuelta y las pecas que parecerían pepitas de oro sobre su frente blanquecina. Siempre le había resultado bien con las niñas de colegio privado. Estela había sido su único amor, el más intenso que alguna vez imaginó, pero esos recuerdos eran mejor soterrarlos. Con el resto de las mujeres, sólo deseaba eso que él llamaba: una buena chupada de verga.

Siempre cuando llegaba ese preciso instante anterior al orgasmo sentía el deseo demencial de reventarles la cabeza.

Entonces miraba a su alrededor en busca de algo una plancha, una radio, lo que fuera para aplastar a sus mujeres, y esa violencia desaparecía cuando se desbordaba en sus bocas.

Jamás esa chifladura lo arrebató con Estela a pesar de que las cosas no terminaron del todo bien. Subió el cierre de su bragueta mientras ella se enjuagaba la boca con cerveza.

—Otro día cuando estés con ganas —le dijo y ni bien abrió la puerta la luz del día le arrebató la mirada.

—No me parece gracioso Miller, vení para acá tarado.

—Me encantó la charla, pendeja —le dijo con una sonrisa plena y desapareció tras la puerta.

—Sos un hijo de puta, Miller —se escuchó desde la oscuridad.

Apoyando sus palmas resacas sobre ambos extremos del costillar, dejó caer sus 83 kilos sobre los brazos fibrosos y endurecidos por el remo, hasta que la espina dorsal cedió con un crujido seco. Una sonrisa ladeada se dibujó en el rostro de Alexis Macomber. Enhebró las patas con una ramilla para mantenerlas extendidas, y luego enganchó los garrones en la parte superior de la cruz. Lo aseguró todo con alambre de fardo y luego atravesó el sacro costal por el centro y comprobó que el lomo estuviera bien firme junto al hierro. Levantó la cruz acompañando el movimiento con todo su cuerpo llevándolo exactamente a un metro de los leños que ardían. Hincó la punta inferior en la arena ladeando la cruz hasta afirmarla y luego la encorvó en dirección al fuego. Satisfecho se secó el sudor de la frente y bebió un buen trago de fernet del jarro.

El cielo negro reventaba de estrellas y podía adivinarse la luna llena por el reflejo sobre los tamariscos que cubrían el patio. Sonaba la melancolía brasilera de *Los Hermanos* y era una noche ideal para disfrutar un exquisito cordero patagónico, beber hasta el hartazgo y dejar que el minúsculo triángulo de cartón que oprimía bajo su lengua se expandiera por todo su cuerpo.

Cuando el cordero comenzaba a transpirar, cayó el Sanjua con dos nuevos amigos. “Los conocí ensayando

unos buenos clavados en la restinga”, dijo con una sonrisa y los presentó a Alexis Macomber.

–Soy Robert-dijo uno y extendió las botellas de *Havanna Club* –No queríamos caer con las manos vacías.

–¡Me encanta el ron!-exclamó Macomber y estrecharon sus manos con firmeza –Soy Alexis...

–Un gusto Alexis, yo soy Memo –dijo el otro y le estrechó la mano ¡Que facha tiene ese cordero, ja! –dijo para romper el hielo y luego estalló en una carcajada.

–¡Muchachos, esta es su casa!

Los cuatro bebieron ron mientras el cordero tomaba color. Los invitados iban apareciendo con los brazos cargados de bebidas; ellos los saludaban, algo ensimismados, y continuaban con la anécdota de turno, que por lo general contaba el Sanjua. Más tarde llegó Miller y se unió al grupo. Sentados alrededor del fogón: Alé, Ceci, el Pelado Datchje; Martín, Andrea y el brasilero André; Noe, el Mono y Yimbo; Fedra y el escritor; Nela, el Cordobés y Bel; todos amigos de Alexis, algunos desde que había llegado a Pirámides y otros que fueron apareciendo, como Robert y Memo esa noche.

Alguien lo abrazó cariñosamente por la espalda y al voltearse confirmó que era su novia, con su pelo rubio revuelto y las pecas doradas sobre su rostro blanquecino.

–Es hora de servir la comida –le dijo y lo besó con delicadeza.

La había conocido hacía ya tres años, cuando la península había pasado de ser una escala más en su viaje para convertirse en el lugar donde vivía. Tenía una casilla confortable, ubicada en el corazón del tamarisco, el lugar más íntimo de todo el camping. El agua le llegaba gracias a un caño desviado y la energía eléctrica estaba al alcance de todos.

Degustaban los primeros bocados, cuando Alexis Macomber levantó la botella de ron como si fuera la copa del mundo y brindó por todos los presentes.

—¡Se deshace en la mano! —exclamó Memo sorprendido.

—Aunque parezca joda, son los mejores de toda la Patagonia, los cuida la UNESCO.

—¿Entonces no se consiguen en el pueblo? —inquirió tras la risa Memo.

—Los que venden en el pueblo los traen de Gaiman, pero no son ni la mitad.

—¿Y cómo es la movida?

—Como los dientes negros de megalodón, lo mismo. No se pueden comprar, hay que ir a buscarlos.

Memo fue el primero que extrajo un cigarrillo y cada uno de los fumadores se fue contagiando de tabaco. Alexis Macomber armó un cigarrillo de flores y fumó dos o tres veces antes de pasarlo.

–Acá Miller es el experto –señaló con el mentón al muchacho que comía en silencio.

–Lo más importante es correrlos bien hasta encerrarlos –dijo Miller sin levantar la vista del plato –una vez que le apoyas la mano en el lomo se entregan, no corren cuando los atrapan.

–Nos encantaría cazar uno antes que terminen las vacaciones.

–Está prohibido, pero si conoces la zona podés evitar a los Guarda fauna.

–¿Vos podés llevarnos?

–Seiscientos – respondió Miller y los miró fijamente a los ojos.

–Son nuestros honorarios, es por los gastos y los riesgos –argumentó Alexis con seriedad.

–Seiscientos es un buen precio por una cacería –opinó satisfecho Memo –¿Podemos ir mañana?

–A las siete de la tarde en la despensa sobre la segunda bajada –explicó Macomber. Memo extrajo la billetera, sin embargo Miller lo interrumpió:

–Después, después son amigos del Sanjua –dijo con seguridad y abrió la segunda botella de ron.

Volvieron sus miradas para observar por última vez el pueblo a través de la luneta trasera. Desde la pendiente que trepaba la ruta, se tenía una vista privilegiada del golfo turquesa y la playa repleta de turistas bajo las sombrillas coloridas. El *Escort* avanzó convencido y una vez que la curva se deshizo, Pirámides desapareció por completo y los campos áridos de la península se encargaron del paisaje. A pesar del cielo cargado, la tarde ofrecía resistencia y la claridad era un buen argumento para cazar.

Memo, confiado por la noche anterior, encendió un cigarrillo de flores. A su lado Rober, lo miró a los ojos frunciendo las cejas y le señaló algo con la cabeza.

–Disculpen muchachos ¿Les molesta? –consultó Memo enseñando el cigarrillo.

–No se los recomiendo, tenemos que estar frescos para correr. Pero molestar, no molesta –dijo Alexis Macomber mientras conducía con la mirada fijada en el horizonte.

–Cuando voy a cazar no fumo –dijo Miller y los miró por el retrovisor.

Pasaron el camino que desviaba hacia la lobería y el *Escort* continuó a buena velocidad en busca del cruce a Punta Pardelas; llevaban las ventanillas bajas y una brisa agradable cortaba por momentos el clima plomizo, propio de las lluvias de verano.

–¿Che y el Sanjua por qué no vino? –pidió explicaciones

Miller como si lo hubiera recordado de repente.

–Tuvo una noche dura. Demasiado dura –explicó Alexis Macomber. Todos rieron contagiados durante largos segundos y los del asiento trasero no pudieron evitar ahogarse con el humo.

–Sanjuanino bruto. ¡Que olor que tiene eso! –reconoció Miller cuando una nube de humo blanco colmaba el habitáculo.

–Son flores –contestó Robert una vez que había lanzado todo el humo de sus pulmones.

–¡Flores! Acá no se consiguen. Ya fue pasame una seca –dijo Miller y miró de reojo a Alexis Macomber que conducía inmutable.

–¡Los gustos hay que dárselos en vida! – exclamó Robert y le pasó el cigarrillo.

Los campos que flanqueaban la ruta parecían desteñidos; los espinillos se multiplicaban por doquier y la tierra reseca era una especie de arena áspera; el cielo abarcaba el resto y daba la sensación que las nubes cargadas terminarían por caerse encima. Alexis Macomber detuvo el *Escort* al costado del camino y se volteó hacia Rober y Memo que lo miraron sorprendidos.

–A partir de ahora, quedan a cargo de Miller, es el que más sabe. Yo voy a rodear el campo con el coche a la espera de una buena cacería –luego arrancó mientras los tres atravesaban el alambre de púa.

Miller les explicó que era sumamente importante camuflarse entre los espinillos, para evitar un disparo de los cuidadores; y la necesidad primordial de hacer un buen trabajo en equipo para acorralar a la presa. Los primeros intentos no tuvieron éxito por la velocidad de los corderos. La claridad del día disminuía con cada intento fallido y en ocasiones las luces largas del *Escort* atravesaban como laser los campos desérticos.

Memo distinguió uno pequeño y bien blanco recostado al pie de un espinillo mediano; se le acercó sin alzar la vista y cuando se encontraba tan solo dos pasos, el animal echó a correr por su vida. Memo lo siguió en paralelo, guiándolo hacia el sector en que sus compañeros tendían la trampa. Esquivaba los espinillos como podía, pero la mayoría se le clavaban en la piel y eso sí que ardía.

El animal viró hacia la izquierda y se encontró con la figura amenazante de Robert, que lo esperaba agazapado a escasos metros. Entonces, volvió sobre sus pasos y encaró hacia donde lo esperaba plantado Memo; que convencido de que lo atraparía abrió sus brazos pero un segundo antes, el cordero ensayó una finta espectacular y evitó la caída. No contaba que disimulado tras un espinillo lo esperaba Miller para voltearlo. Quedó pasmado en la tierra arcillosa, con el cuero sucio y enredado por la espinas.

–¡Lo tenemos! –gritó Miller levantando la vista para ver como Memo se acercaba jadeando y con una sonrisa eufórica.

Caía el sol lejos en el horizonte y el viento se volvía más intenso y fresco. Miller intentaba recuperar el aliento mientras observaba al cordero entregado en el suelo, resignado a su destino, sin intentar una última resistencia a la muerte. Buscaba el cuchillo en su cintura para atravesarle el pescuezo pero no pudo sujetarlo con firmeza. Una patada descomunal en la nuca lo arrojó hacia delante. La boca se le llenó de tierra y vio como el cordero escapaba a campo traviesa. Antes de que intentara incorporarse otra patada le hundió los riñones y sintió su boca llenarse de sangre. Luego vino un puntinazo en medio del rostro que le destruyó el tabique. Entonces permaneció unos minutos enrollado en el suelo hasta que logró recuperar algo de aliento entre el olor a sangre y tierra reseca que le colmaba la boca.

–No corras cuando te atrapen –le dijo Robert impostando la voz –aprendé del cordero, que suplica la piedad del hombre.

–¡Que quieren, hijos de puta! –exclamó desde el suelo luego de escupir algo más que un par de dientes. Segundos más tarde tenía otra patada clavada en medio del estómago.

–Lo que realmente quiero, ya no se puede, ¡Hijo de puta!

–¡Por favor, no me maten, no quiero morir, nunca jodí a nadie! –dijo entre sollozos y con dificultad.

–¿Quién habló de matarte? Aunque pensándolo bien es bastante obvio.

–Tengo guita, podemos arreglarlo, no me maten...

–El problema no es la guita, el problema acá es si lo mereces o no.

Entonces Memo lo tomó por la espalda sujetándole los brazos y Robert se plantó frente a él, tenía los ojos amarillos y la boca ladeada.

–Mi nombre es Marco Gabán ¿Te suena hijo de puta? – Miller no contestó, y Marco sacó un puño desde atrás que le reventó el párpado derecho.

–Mi hermana se llamaba Estela Gabán ¿Tampoco te suena hijo de puta? Miller permaneció en silencio y un *cross* de izquierda le reventó el otro ojo.

–¡Están equivocados! Nunca conocí ninguna Estela. Lo juro. Están equivocados –suplicaba llorando.

–¿Y si nos equivocamos de tipo Tali? ¿Si él no es la rata que mató a mi hermana?

–Yo diría que está mintiendo, hermano. En todo caso si él no fue ¿Quién mató a Estela, quién fue esa rata?

–Lo juro por mi vieja. No me maten, por favor.

—No me parece convincente —dijo Marco Gabán y entonces le aplicó un puntapié en el estómago que lo dejó seco.

Permanecieron unos cuantos minutos escuchando las suplicas de Miller mientras la luna comenzaba a ganar altura. Sobre el camino esperaba el *Escort* con las luces encendidas.

—Escuché un disparo ¿Dónde está Miller? —fue lo primero que dijo Alexis Macomber preocupado.

—Quedate piola —lo encaró Marco Gabán con el revolver ni bien abrió la puerta —Llévanos a Madryn sin abrir la boca y te juro que vas a volver a remar en tu kayak.

Cruzaron la península en silencio y a máxima velocidad rugía el *Escort* contra viento del sur. La luna llena en las alturas platinaba las matas endurecidas por el polvo y las escasas lluvias. La noche fresca se filtraba por la ventanilla a medio cerrar del conductor. Este conducía ensimismado, deseando en lo más profundo de su alma volver a montar el kayak. De repente Marco Gabán bajó la ventanilla, asomó su cabeza en el torbellino de la velocidad y volvió a subirla.

—¡Qué hermosa luna, hermano! —dijo mientras encendía un cigarro y se volteó hacia Ítalo Teppa —¿No te parece?

Los impuntuales #7

Los últimos tres días había diluviado sin pausa y permanecíamos en la casa produciendo, mientras fumábamos flores prematuras y bebíamos *Chorcoy* bien helado. Antes de la merienda del tercer día asomó tras las altas cumbres el sol diluyendo la negrura del cielo. Los jilgueros cantaban entre los árboles recién regados, los perros rastreaban en el ripio los restos de la tormenta y las primeras vecinas de la cuadra barrían los charcos de la vereda.

-Prepará que subimos- dijo el Tano con sus ojos celestes brillantes como el fuego- los turistas brotan como grillos después de la lluvia.

-Ya está todo listo, en diez minutos pasa El Urbano, llevemos uno para el camino.

La avenida Sabatini encharcada parecía más sinuosa que de costumbre. Sobre los márgenes los perros ladraban la caravana de coches. El Urbano avanzaba a los saltos y colgados de las argollas viajábamos entre la multitud agolpada, como si de repente un bondi de Retiro perdido en el tiempo, atravesara las sierras. Todavía nos duraba la sonrisa cuando llegamos a la Toma de Agua.

Al pie del Uritorco, el río Calabalumba bajaba furioso serpenteando la tierra, dispuesto a arrasar con lo que le pusieran en frente, bendecido al fin, por las lluvias celestiales que eran como una ráfaga de pura vida. La pura vida es un yuyo montesino, no tan conocido como la peperina, ni con tantas propiedades acreditadas. Sin embargo la pura vida llevaba varios miles de años naciendo en el monte, bajo el encendido sol del invierno cordobés, bajo la bendita sombra de un aguaribay en verano. Era rica en el arte del amor. No funcionaba como energizante natural, nada tenía que ver con rendimientos sexuales. Ideal para abrir los poros, liberar las defensas y enamorarse perdidamente. Se masticaba por unos minutos y el amor se presentaba en su estado más puro, en una brisa de aire fresco, en la suavidad de la hierba en los pies, en la maravillosa sensación de que el sol era el único Dios que nos amaba.

Te va a encantar acariciar el viento

A Coco Fernández

S ubió el cierre de su mameluco gris y palpó frente al espejo el logo de la asociación de pilotos, bordado sobre el bolsillo del corazón. Estiró la cama con precisión, controlando que no quedaran ondulaciones en el coberter; tomó cinco mates bien cebados, que acompañó con tres criollitas untadas; cepilló su dentadura con esmero y la enjuagó durante treinta segundos. Por último, contempló el altar del Gauchito Gil montado sobre el modular del comedor, mientras se colocaba, entre diestro y ceremonioso, el casco de cuero y las antiparras de acrílico. Antes de salir, apagó las luces del pórtico y suspiró. “No hay disciplina que tolere las licencias”, pensó y cerró la puerta de un golpe.

Amanecían frescos los últimos días de marzo en la osta; el viento de a ráfagas barría el mejorado; un remanente de turistas de saldo, compraba el periódico y las facturas, abrigados con jogging y pullover.

—La brisa del mar lo enfría todo —dijo desde la vereda de enfrente doña Esther, quien había sido la vecina preferida de su madre.

—¡Será un día hermoso, doña Esther! ¡El sol, entibia primero su vereda!

—¿Lograste la meta? —preguntó con interés y cruzó el riopio con lentitud.

—Ayer estuve a dos minutos...

—¡Dos minutos! ¿No alcanza, Nene? —exclamó doña Esther con los brazos abiertos y el ceño fruncido.

—El Negrocaca quiere menos de un minuto.

—¡Que sin vergüenza Nene, no tienen consideración! ¡Vos que volviste del coma!

—Con esfuerzo y paciencia —comenzaba a explicarle cuando lo interrumpió con los ojos vidriosos.

—¡Pero sos la promesa de la costa! —exclamó presurosa mirándolo a los ojos — ¡Ese no lee el diario!

Una fina capa de rocío resistía sobre el césped de la segunda rotonda y un cimarrón desdeñado dormitaba en la banquina angosta. Mientras en el campo lindero un paisano a caballo conducía borregos hacia el corral y en las casas todos dormían cobijados del frescor, el rugido de las siete mil vueltas quebrantó la quietud. Antes de tomar la ruta 11, lo pasó a quinta y pisó el acelerador como si debajo acechara la muerte. La resolana salpicaba destellos dorados sobre los campos sembrados de trigo, mientras decenas de Hereford pastaban sin despegar la quijada de la hierba. La aguja del velocímetro se clavó en doscientos y Gregorio “Chocho” Presto, sacó el brazo por la ventanilla y lanzó un bramido al viento, como aquel día en que regresó del coma.

Los neumáticos especiales se clavaron frente al surtidor de *súper*. La estación estaba desolada, salvo por un gaucho con facón que inflaba las cubiertas de su rastrojera, medía la presión y corregía. En el autoservicio, Flavia repasaba los cerámicos, mientras Florencia reponía mercadería. Dentro del estrecho local de lubricantes dos empleados miraban televisión y tomaban mate con cuernitos. –¡Buen día muchachos! –Dijo Gregorio Presto apenas ingresó en el local –Llenalo Poroto que es tarde –le dijo al más gordo y le lanzó las llaves. –Tranquilo, Chocho –le dijo el otro empleado mientras se

hamacaba en una silla de chapa –el Negrocaca todavía no llegó...

–¡Pero la puta madre! ¡Me enfrió!

–Tomá un mate, nene... Los impuntuales dominan este país, sabelo –dijo Poroto y soltó una carcajada convulsa.

Daba la sensación de que las paredes estuvieran revestidas por anaqueles completos con lubricantes, líquidos para freno y bidones de agua destilada. Sobre un escritorio enchapado se mezclaban lapiceras y fibrones; la yerbera y un mazo de naipes; un talonario fofo y mugriento con un par de sellos de goma sobre una almohadilla reseca. Sobre las ventanas había unos cuantos calcos arruinados por el sol y en el centro, un almanaque de gomería con fotografía central de una mujer mostrando al universo su redondo y delineado culo.

–Te pedí que lo saques Augusto –le dijo casi resignado Gregorio Presto.

–Al Poroto decile.

–¡Poroto! –Le dijo y le fijó la mirada, pero este no despe-gaba la vista del televisor.

Gregorio ofendido arrancó el póster y salió del local. Llenó el tanque de nafta, verificó el agua y le agregó medio litro de aceite; no iba a revisar la presión de las gomas, no era menester de un piloto. Sobre el playón de la estación apareció la *Ecosport* del Negrocaca con los

laterales rebosados en arena y el capó salpicado de excremento de gaviota. La primera en descender fue María Eugenia, la hija menor, una morocha de sonrisa estrecha y pantalón demasiado blanco. Luego bajó el Negrocaca, desalineado a pesar de su ropa siempre nueva. Su camisa clásica, no le disimulaba en absoluto su barriga inflamada de vino y churrasco con puré.

—¡Chocho estás listo! —Le gritó mientras se le acercaba ladeándose con una carpeta azul bajo el brazo.

—Estaba esperando Negro.

—¡No jodás tan temprano! ¿Qué soy un negro cualquiera yo? —le dijo acariciándole el cuello del mameluco gris y lo miró directamente.

—Cariñosamente te lo digo, vos sabés.

—Ni cariñosamente me vuelvas a decir negro ¿Está claro? Negrocaca, toda una vida haciéndome un nombre —agregó con su voz pesada.

—Estoy cansado de la Ruta, Negrocaca, vayamos al auto-drómo, ya estoy recuperado.

—¿Vos tenés la guita para pagarlo? ¡No tenés donde caer te muerto, Chocho!

—Es que los muchachos no hacen su trabajo.

—Esto depende de vos Chochito, yo te quiero mucho, vos lo sabés; los muchachos me importan un carajo. Escuchame, esto es sencillo —le dijo y le fijo la mirada —53 minutos la vuelta entera y regresamos a las grandes ligas.

A Gregorio Presto lo conocían como Chocho casi desde que nació. En una sala compartida del Sanatorio del Tuyu su tío Enrique lo alzó entre sus manos fornidas por motores y exclamó con el lagrimal desbordado:

–Miralo está chocho con el padrino...

–Cuidado con la cabecita –dijo con tono de preocupación la abuela.

–Pero vieja miralo, si está chocho, está chocho.

Aquella tarde Enrique comprendió que existía una alternativa superadora a tener un hijo: que lo tuviera una hermana. Desde pequeño le transfirió su pasión por los autos: “Los fierros son como la vida Chocho, una vez que terminás de entender cada una de sus piezas ¡pum!”, le dijo y golpeó las palmas de sus manos, “vos Chochito te vas a dedicar a correrlos ¡Te va a encantar acariciar el viento!” A los doce años arrancó en la categoría karting y no volvió a bajarse. Llegó a competir en el circuito de Karting de La Plata con excelentes resultados y los buscadores de talento empezaron a interesarse por él. Eso llevó al tío Enrique a visitar a Ulises, un viejo compañero de la secundaria. La secundaria no había sido nada fácil para Ulises, pero hubiera sido un verdadero calvario si Enrique no lo hubiera protegido.

Se cruzaron en incontables oportunidades, pero jamás volvieron a compartir un momento. Los noventa lo volvieron el empresario más importante del partido de la Costa y Ulises pasó a llamarse ante todos: Negrocaca. Él era la única solución para que la carrera de Chocho continuara en Santa Teresita.

–Yo no me olvido Quiquín –le contestó después de escuchar la propuesta del tío Enrique –Quedate tranquilo, yo pongo la guita que haga falta y vos te encargás de armar el equipo, pero basta de Ulises, ahora soy Negrocaca.

–Pero ¿Por qué?

–Para que esos forros no se olviden que al que antes cargaban ahora manda.

En un año la primera escudería de la costa estaba lista. La “Negrocaca Super Racing” acompañó el crecimiento de Chocho Presto escalando categorías. Una semana antes de cumplir los veinticuatro, *La promesa de la costa*, como lo había bautizado la revista *Fierro Costero*, obtenía su primer triunfo en el *Turismo Carretera*.

Aquel sábado glorioso llegaron a Trelew con el primer sol. El otoño avanzaba y lo confirmaban los escasos

cipreses desnudos y castigados por el incesante viento del valle. La ciudad estaba vacía, las casas con las persianas bajas y las veredas angostas cruzaban de tanto en tanto a algún paisano con el diario bajo el brazo. Gregorio Presto dormía en el asiento trasero del Siena; su madre cebaba mate con precaución, mientras el tío Enrique conducía con el entrecejo fruncido y los párpados cargados con mil quinientos kilómetros de asfalto. La caravana continuaba con el resto de la escudería: el equipo técnico-mecánico en la *Traffic* de Pipino Vega, un empleado que se había ganado la confianza del Negrocaca “perreando” la nafta; detrás, conducida por el Paraguayo Tacuara Ayala, avanzaba la *F100* que tiraba el trailer del Tiburón Rojo, el *Fálcón 76* que ese mismo mediodía realizaría marcas interesantes en las preliminares. El Negrocaca siempre estaba cerca de sus muchachos, pero cuando se trataba de distancias tan extensas optaba por viajar en avión.

Bordearon la plaza principal y tomaron la avenida Roca rumbo al autódromo. Desayunaron café bien caliente en los boxes y para las nueve de la mañana todo estaba listo. Las preliminares del sábado auguraban una buena jornada para el Tiburón Rojo.

El domingo, el Negrocaca abordó su pasaje con una leve llovizna. Cuando arribó al aeropuerto de Trelew, el sol lo

impactó de lleno como un generoso trago de caña seca. A esa altura de la mañana, los folcloristas de la tuerca encendían el fuego con parsimonia, mientras empinaban el jarro de tinto con hielo en las inmediaciones del autódromo. Empilchado de blanco y con el handy como extensión de su oreja, el Negrocaca seguía los pormenores de la clasificatoria, desde una butaca en la tribuna oficial. Dicen que sobre el cierre de la primera serie, cuando el Tiburón Rojo cruzó la meta en tercer lugar, se le iluminaron los ojos y gritó desencajado.

La prensa, excitada ante la prolija clasificación del joven costero, se amontonaba para obtener la nota con la Promesa de la costa; su tío Enrique, estaba tan emocionado que no podía dejar de empinar la petaca plateada; sin embargo, Chocho Presto era un torbellino de ira. La encerrona de Roberto Urretavizcaya, cuando Presto intentaba superarlo por adentro de la última curva, estuvo a un volantazo del despiste.

Cuando las cámaras de televisión se encendieron y estaba dispuesto a descargar un cumulo de improperios, divisó entre las promotoras que lo cercaban los más bellos ojos rasgados y la más perfecta piel matizada por el sol y acentuada por el viento.

–Gano la Final y vos te venís conmigo –le dijo mirándola a los ojos, cuando las cámaras se iban.

–¿A dónde vamos? –Preguntó ella y sonrió.

–Vamos a casarnos, sos la mujer que siempre estuve esperando.

–¿Cómo es tu nombre?

–Gregorio y el...

–Shhh... No digas más –lo interrumpió y lo miró directo a los ojos –Acabo de grabar ese nombre en mi corazón.

Gregorio alzó la copa del Gran Premio de Trelew y los fanáticos de Ford desgarraron sus gargantas; las bocinas se mezclaban en una sinfonía acéfala, y explotaba en el cielo la pirotecnia que perfumaba de pólvora los fervores. Ella no estaba entre las promotoras que lo circundaban en el podio; Gregorio descorchó el botellón y un chorro espumoso empapó de champagne las primeras filas. Tampoco estaba entre el público que lo vivaba; sí su madre, claro, con lágrimas en los ojos, su tío Enrique, Pipino Vega, Tacuara Cardozo, el Negrocaca, todos orgullosos por la carrera, pero ella no. En las afueras del autódromo, lejos de la parafernalia destinada a los vencedores, sin el traje de heroína promotora y arropada hasta los pómulos por el frío del sur, lo esperaba.

Gregorio caminó hacia ella como conducido por un sueño romántico archivado en la adolescencia y tomando su mano la besó.

–Placer Delmar, un gusto –dijo ella y sonrió.

–¿Te querés casar conmigo? –le dijo con una naturalidad asombrosa.

–Si quiero, yo también siempre te estuve esperando.

Gregorio la presentó ante su gente como su futura esposa. Todos estaban eufóricos por el triunfo y brindaron por los novios. Una vez en el asiento del Siena se sintió extenuado. Recostó su cabeza sobre la falda de Placer Delmar y cerró los ojos; pensó en la carrera, en la extraña sensación de ganar el primer título. No había sido un domingo más, “¡claro que no!” se dijo a sí mismo y esbozó una sonrisa a medias. Entonces abrió los ojos y contempló su belleza desde abajo, mientras ella lo acariciaba con suavidad. Se sintió pleno por primera vez en su corta vida.

–Quiero que...

–Shhh... No digas nada... –lo interrumpió –Ahora necesitás descansar –le susurró y él, encantado, cerró sus ojos.

“Que tengamos un hijo... Quiero que tengamos un hijo”, se dijo para sí y se durmió plácidamente.

La caída del sol teñía el cielo de un cobrizo metálico y

las matas puntiagudas, la arenilla del suelo y las vacas escuálidas, se embellecían en medio del desierto. El tío Enrique manejaba gustosamente, disfrutando el viaje de regreso, orgulloso de su sobrino; en el asiento contiguo su hermana, la madre de Chocho, cebaba mate en silencio.

Cinco kilómetros antes del cruce con península Valdez, mientras el tío Enrique chupaba la bombilla; mientras Placer Delmar pensaba en cómo romper el hielo con su nueva suegra; mientras la madre de Gregorio observaba la narcótica cercanía del cielo del sur y Chocho dormía confiado en el destino; un camionero se durmió al volante, cambió de carril como quien estornuda de repente, y embistió al Siena como una verdadera avalancha de hierros.

Murieron todos los pasajeros del Siena. El camionero también. Excepto Gregorio Presto, que dormía profundamente en la falda de Placer Delmar. La embestida fue tan contundente que posiblemente ni siquiera haya despertado antes de caer en un coma profundo.

Por recomendación del cuerpo médico, el Negrocaca aceptó visitarlo todas las semanas al hospital. Permanecía sentado a su lado y lo acompañaba durante sesenta

minutos; le contaba las novedades, repasaba las revistas de automovilismo, a veces se quedaba un largo rato en silencio. Luego se incorporaba, le daba un apretón de manos y desaparecía por la puerta. “Tiene que motivarlo, depende de usted, pinche su orgullo, nadie está preparado para librar semejante lucha solo”, le exigió el más joven de los médicos cuando los meses avanzaban sin resultados evidentes.

Se sentó una vez más a su lado y le habló con firmeza, y aunque el Negrocaca jamás supo si valió la pena, esa tarde Chocho lo escuchó por primera vez. Esa voz aguda y carrasposa le entregó un norte. Entonces Chocho alcanzó a divisar el Tiburón Rojo sobre la ruta, como si siempre hubiera estado ahí, al alcance de sus manos, reluciente de chapa y con innovaciones en la aerodinámica. El Negrocaca le enumeraba los progresos del equipo de mecánicos y él los verificaba interesado. “Esta es la carrera más importante de tu vida ¿Qué estás esperando? Empezé a ganarla hoy mismo”, sintió con claridad que le decía la voz del Negrocaca. Se colocó el casco y se acomodó en la butaca. Encendió el motor y empezó a transitar por una pista inacabable, sin meta a la vista. Aceleraba a fondo, repleto de dudas y miedos, sin saber realmente en qué tipo de sueño siniestro se encontraba, sin entender que llevaba seis meses en coma profundo. Sus únicas

certezas eran el Tiburón Rojo, su traje de piloto y este desafío, que el Negrocaca había llamado “la carrera más importante de su vida” y que era la única manera posible de alcanzar la gloria.

—¿Te acordás el día que volviste del coma?

—Sí, fue el día de la primavera.

—Bueno hoy puede ser un día como ese, Chochito —le dijo introduciendo el torso por la ventanilla.

Buscó la posición correcta de su espalda sobre la butaca principal; tomó del asiento contiguo el póster de Placer Delmar y lo arrojó hacia atrás. En su lugar colocó la carpeta azul *Gloria* de los recados y luego encendió el motor; mientras se colocaba la seguridad, el Negrocaca puso a punto el cronómetro.

Eran las nueve y cinco de la mañana del jueves Santo. Sobre el playón comenzaban a estacionar los primeros contingentes de jubilados; Flavia y Florencia se alistaban detrás del mostrador aguardando la euforia consumista; por el contrario, Poroto y Augusto mateaban frente a la pantalla del televisor. El Negrocaca tomó la bandera a cuadros de entre los surtidores y la flameó

tres veces frente al parabrisas del *Falcon*; a la cuarta vez se hizo a un lado y los neumáticos traseros chillaron contra el pavimento. El Tiburón Rojo explotó como un trueno en busca de la ruta y Gregorio Chocho Presto soltaba su alarido cargado de coraje. Dos ancianos que bajaban de un minibús se asustaron por la explosión del motor y estuvieron a punto de perder la estabilidad. El más joven buscaba confundido al responsable, mientras el otro, que llegó a colocarse los de lejos, leyó con nitidez el titular del recorte ambarino pegado sobre la luneta.

—Era la promesa de la costa, Oscar —le dijo al más joven mientras caminaban hacia el minimercado.

—¡Pero ese chico no había muerto!

A doscientos kilómetros por hora el auto temblaba como una licuadora y los campos a los costados se volvían una sustancia vertiginosa. Chocho Presto repartía la atención entre la ruta, el tablero y los espejos retrovisores; el camino estaba despejado, el viento lo cruzaba en ráfagas embravecidas; “las condiciones son favorables”, se dijo en voz alta; “hoy no me podés fallar, viejita querida” agregó y se persignó con reverencia. Tomó la *ese*

previa al cabaret de Abdala y San Bernardo se abrió ante sus ojos. Bordeando la ruta se alzaba un puñado de casas iguales, la gomería abandonada de los Filipi y sentado bajo el sol, monumental frente a su verdulería, el Vasco Hegoburu. Antes de llegar al arco de entrada, se alzaba la segunda *YPF* que había comprado el Negrocaca en sus inicios, ahora manejada por Pipino Vega. El playón estaba vacío y detuvo el Falcon frente al autoservicio; antes que pudiera bajar la ventanilla, Pablo Bur lo aguardaba con un fajo de dinero. Presto lo contó con la habilidad de un cajero, y le entregó unas boletas que extrajo de la carpeta azul *Gloria*.

—¿Hasta cuándo te va a explotar este turro? —le dijo como todos los días Pablo Bur.

—Hasta que a vos te dé el aumento —retrucó Chocho Presto.

—Ni lo sueñes. Ese te caga a vos, me caga a mi ¡Al fin de cuentas es un negro de mierda! —exclamó con una sonrisa completa.

—Entre las boletas hay un recado para Pipino, no te olvides ¡Cuánto llevo?

—¡Dos minutos en boxes, Chocho! Hoy es tu día ¡Campeón!

—¡Sabés el vino que te traigo! Si vuelvo a las pistas —le dijo y lo miró directo —¡El primer podio es para vos! —dijo Presto sonriendo y aceleró a fondo.

En el bolsillo de la luneta guardaba su única fotografía juntos: Placer Delmar desplegaba su sonrisa blanca y lo abrazaba a Chocho Presto en las tribunas del autódromo de Trelew. A media mañana, la ruta 11 comenzaba a congestionarse y aun así el Tiburón Rojo avanzaba como un río de fuego. Los coches se pegaban a la banquina cuando escuchaban rugir el motor. Observó el cronómetro de reojo y el tiempo no lo conformó, iba a ser necesario descontar segundos a las próximas curvas. El aroma rancio de los pinares se colaba por la ventanilla y enseguida se adivinaba Pinamar al costado de la ruta.

Los contingentes de turistas se desplazaban por el plajón como un enjambre de moscas; los playeros corrían entre los surtidores, colocaban la manguera en un coche, quitaban y cobraban en otro; dentro del minimercado desayunaban con avidez, masticando como animales, abriendo paquetes y bebiendo gaseosa con las trompas adosadas al vaso. Entre los empleados de la *YPF* de Pinamar, corría la amarga sensación de haber vuelto a Enero. Chocho intuyó que lo mejor sería descender y entregar los encargos en el autoservicio.

“No podés darte el lujo de evitar los boxes, es necesario que entrenes de esta manera”, replicaba el Negro-

caca cuando Gregorio se quejaba del tiempo que perdía en cada *YPF*. “¿No sería más conveniente entrenar en el triángulo? ¡Fue circuito de TC!” La respuesta era siempre la misma, “¡Pendejo desagradecido!”

De regreso a Santa Teresita, la mañana se asentaba mientras el sol ganaba en altura y contundencia; a la izquierda un centenar de vaquillonas Aberdeen Angus pastaban; sobre los acantilados, los pescadores parsimoniosos sembraban de trampas el mar; hacia el horizonte, se internaba hasta desaparecer el asfalto peronista de la ruta once, bien señalizada y con las banquetas prolijas. Pensó que sería una tarde agradable para ir a entrenar a la playa; de pronto, observó el cronómetro y supo que no llegaría. Quedaría al menos a cinco minutos del objetivo, aunque explotara al máximo la velocidad del Tiburón Rojo, no alcanzaría los cincuenta y tres. Como el resto de los mediodías del último año, la amarga punzada del fracaso invadió su estómago. Recordó el tibio abrazo de su madre “te extraño vieja” dijo en voz alta; “con el tío Enrique en los motores”, rezongó, “ya estaría de regreso en las grandes ligas”; “Placer”, dijo mirando la foto, “nuestro hijo ya caminaría”. Sintió un impulso intrínseco de irse con ellos, de estar a su lado. Metió un rebaje a cuarta y el motor explotó lleno de fuerza. No entendía las razones del destino, sin embargo afrontarlo era la única

salida que había aprendido. El Tiburón Rojo se impulsó con potencia hacia delante, mientras Gregorio Chocho Presto pisaba a fondo el acelerador. Por el carril contrario los automóviles a la distancia lo advertían con juegos de luces, cuando pasaba sin miramientos a los coches de adelante. No obstante, el Tiburón Rojo avanzaba con tal seguridad que los autos terminaban por tirarse a la banquina. Metió quinta a fondo hasta alcanzar la máxima. Mientras la aguja del velocímetro ascendía observó la fotografía en la luneta y sonrió. Le agradeció sentidamente al Gauchito Gil y entonces sin más que acelerar, sin más que hacer aquel Jueves Santo para volver a las grandes ligas, asomó el torso por la ventanilla y se dejó acariciar por el viento.

Agradecimientos

A todos los que apoyaron mediante la compra anticipada del libro:

Ernesto Scorians | Veronica Mendes | Leo Marzano | Mari-
na Laura Arias | Lolo Magallanes | Jeremias Larocca | Carolina
Maldonado | Emmanuel Dalto | Alicia Pardo | Ignacio Sarachu | Marx
Bauzá | Franco Dall Oste | Manolo Salomone | Juan Manuel
Mannarino | Ana Dindart | Federico de los Santos | Rauli Cabral | Ma-
riana Cocco | Nicolas Garcia | Borja Votók Gonzalo Voutoff | Federico
Mosquera | Claudia Magallanes | Silvana Casali | Guaditaa
Magallanes | Leticia Tosetto | Opunto Cepunto | Cecilia Lannes | Kuky Basual-
do | Raúl Sassi | María Laura Fernández Berro | Liliana Bautista | Coca
Breccia | Rubén Flores García | Luis Ibarгойen | Mabel Graciela
Padín | Ana Copello | Coco Fernandez | Pamela Soromski | Claudia
Fino | Ana Corta | Elsitaa Tosetto | Chicha Miraglia | Carlos Ríos.

A Club Hem Editorxes por el trabajo constante.

A Agustina Magallanes, Celeste Dieguez, Pablo “Coco” Fernández, Daniel
Krupa y Leonel Arance por enriquecer la obra con sus aportes.

A Pablito Amadeo González por su amistad y su generosidad para trans-
mitir el oficio del editor.

A Omar Crespo el sensei.

Al Mono Agustín Arzac y Verónica S. Luna por transitar este camino
juntos.

A Juan Bautista Duizeide, Carlos Ríos, Mario Arteca, María Laura
Fernández Berro, Mariano Dubín, Carlos Aprea, Marina Arias y Ulises
Cremonte.

A mis amigos que son los hermanos que no tuve.

A mi familia, mis viejos, mis hermanas, mis abuelos, mis primxs y tíxs
por el apoyo permanente.

A Ferna por siempre creer en mi trabajo.



clubhem@gmail.com
FB Club Hem Editores